





GUADALUPE SANTA CRUZ (Orange NJ, USA, 1952-Santiago de Chile, 2015) inició estudios de Filosofía en la Universidad Católica de Chile. Exiliada en Bélgica, estudió Grabado en la Academia de Bellas Artes de Lieja. Se licenció en Formación de Adultos y Educación Permanente en la Universidad de la misma ciudad. Durante los años setenta y ochenta integró la asociación de grabadores La Poupée d'Encre. Durante las últimas décadas, su taller literario en Santiago fue un lugar de encuentro de intelectuales, poetas y narradores de distintas generaciones.

Publicó las novelas *Salir* (1989), *Cita capital* (1992), *El contagio* (1997), *Los conversos* (2001), *Plasma* (2005), *Quebrada. Las cordilleras en andas* (2006) y *Esta parcela* (2015), además de prosas breves en *Ojo líquido* (2011). Su obra ensayística ha sido compilada en *Lo que vibra por las superficies* (Sangría, 2013) y en la plaquette *Reserva de lugar* (2015).



EL VIVERO Y EL INVENTARIO
ANTOLOGÍA NARRATIVA

RESERVA DE NARRATIVA CHILENA, 10

GUADALUPE SANTA CRUZ

**EL VIVERO Y
EL INVENTARIO
ANTOLOGÍA NARRATIVA**



© Sucesión de Guadalupe Santa Cruz
ISBN: 978-956-8681-47-0

© Derechos para esta edición
Sangría Editora, Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile; www.sangriaeditora.com, sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, Sangría Editora no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Martín Centeno, Stephanie Decante, Carlos Labbé, Julieta Marchant, Nadia Prado, Mónica Ramón Ríos, Camila Soto Illanes y Cristóbal Santa Cruz.

Diagramaron el libro Julieta Marchant y Carlos Labbé.
El diseño de colección fue realizado por Joaquín Cociña.

Esta edición digital se terminó de imprimir en octubre de 2018 en Dimacofi Servicios, Santiago de Chile.

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

ÍNDICE

El vivero y el inventario. Antología narrativa

<i>Quebrada. Las cordilleras en andas</i>	11
<i>Plasma</i>	43
<i>Ojo líquido</i>	79
<i>El contagio</i>	95
<i>Salir</i>	153
<i>Sueños</i>	187
<i>Cita capital</i>	193
<i>Muda</i>	255
<i>Los conversos</i>	263
<i>Esta parcela</i>	305

Epílogos

Guadalupe de los comienzos

Cristóbal Santa Cruz.....	355
---------------------------	-----

Vivo en la tinta que me produce lo vivido

Nadia Prado.....	359
------------------	-----

Nota editorial.....	365
---------------------	-----



Quebrada.
Las cordilleras en andas
(2006)



Pasajera I

El viaje ensucia, no se sabe cómo. Tal vez los baños sin espejo, tal vez estar lejos de todo, los abanicos de servilletas de papel dispuestas en copas de aluminio, las distintas barras de los buses y las micros, las ventanas abiertas y las ventanas cerradas, los vales, las boletas, los teléfonos públicos en Centros de Llamadas, no se sabe qué es lo que se adhiere y no puede ser retirado.

El Nylon se llama el almacén en Serón y Varón Blanco el veloz camión de transporte en la ruta a Ovalle, los nombres se ensucian con el camino, me gusta extraviar el mío al abordar los peldaños de las máquinas de viaje.

Recorro distancias sin nombre, habito por largos instantes un espacio que no se llama hasta tropezar con palabras. Entretanto las letras son asaltadas por aquello que ven y el Norte crece como una página en blanco que se cuela en un libro escrito por otros. Solo el vacío

de la página me pertenece, hoja en blanco, cochina y apelmazada por el trajín de los viajes.

Tal vez la falta de sueño, los horarios de las máquinas y el espacio comido por el tiempo ensucien como nunca. O simplemente desplazarse, extraña, acerque de tal modo que las cosas vienen hacia una, se quedan y no pueden ser desprendidas. Como si el cuerpo guardara en memoria la enormidad de distancia recorrida y el exceso de paisaje se hiciera mugre con la que es preciso habitar.

Vertical u horizontal en el mapa, nocturno o diurno y, aunque en un mismo huso horario, el ensanche del viaje produce un sudor, el sudor de los viajes que aglomera el cuerpo a los lugares.



Andacollo

«La fuerza del agua hace todo lo movable del campo, de todo lo que se vea verde en cualquier parte. Más ahí, que hay una quebrada. Cada tiempo tiene sus cosas y cada campo tiene sus maneras de verse y de ser.

Igual los cerros, son terriblemente diferentes unos de otros. Al mirar hacia el fondo la cordillera me da la impresión de un capitán, el capitán con todos sus soldados. Uno con lepra, otro con dificultades para respirar, otro con dificultades para sostenerse, porque uno está inclinado así, otro para allá.

La cordillera es un abastecimiento de vida. Porque si no nevara para allá, ¿cómo tendríamos agua? La cordillera le da el paso a la gente. Yo digo que es como una escalera para gigantes, porque son así, uno va arriba del otro, y si el gigante se pone en la punta, lo más bien baja. Igual nosotros somos gigantes, lo que pasa es que somos gigantes chicos. Nos cuesta más

subir, porque la escalera es más grande. Pero igual nos da refugio, nos da vida. Los animales se van a la cordillera. La gente pasa. Nos da el agua, porque la vida de nosotros es el agua.

También la cordillera es fantástica y tiene sus momentos críticos, sus momentos de pureza, cuando está blanqueando.

Yo creo que la cordillera son los ojos del mundo, porque la cordillera es lo más alto que hay, como que va a tocar el cielo.

También es parte melancólica, de repente está triste. ¿Se ha fijado cuando tiene las copas vivas y la nieve abajo? Como que tiene un ojo abierto y el otro tapado, entonces no mira, no mira bien a su alrededor.

Pero es un capitán que ve a sus soldados y va a tener siempre la batalla, siempre la está dando. Él siempre va a estar arriba, nunca va a bajar. Pueden cambiarlo a otro capitán, pero siempre va a ser el capitán».

Lidia Castro

Las quebradas

Una quebrada es un lugar donde algo ocurre, corre, fluye o se interrumpe. Es un declive, siempre sucede en el terreno desnivelado algo que se tambalea, declina, bascula en otro sentido.

O bien sucede que se alza, que es preciso escalar, conmover una posición, buscar otro equilibrio, desgajarse hacia nuevas direcciones.

Se cruzan cuerpos en las quebradas, ventoleras inversas que descolocan, chiflones y cauces, abismos horizontales. La promesa de otras rutas.

Casi todas las quebradas del país producen a su largo encrucijadas. No hay país sino un paraje en cada hendidura.

«Para vivir en una quebrada hay que ser muy sufrido y quitado de bulla».

Domingo Pérez Zepeda





Quebrada del río Hurtado

Pichasca

Los hombres que han trabajado en el valle del río Hurtado se vuelven hombres conocedores del río.

–Conocí todo el río –dice el viejo que se mudó desde el valle del Elqui al valle del río Hurtado.

–Mi padre conoció todo el río –dice Manuel López.

El río Hurtado es un río que se da, permite ser conocido.

Aunque Pichasca haya provocado la gangrena. En Pichasca la rodilla del padre recibió un peñascazo y esa misma rodilla quedó atrapada, a lomo de burro, entre dos árboles. Pichasca hizo del niño pastor un zapatero sin pierna, en Ovalle primeramente y luego en Andacollo. El niño pastor de Pichasca nunca le mostró su pueblo al hijo porque había sido amputado de una pierna y de su madre. Pichasca había hecho de su madre la empleada de un padre patrón y posteriormente una fugitiva, una paria. Un niño sin madre en Pichasca debe herrar los

animales y hacerlos pastar, cosechar la uva de mesa en los parronales. Tiene las rodillas enclenques porque la falta de madre se aloja allí, en las articulaciones que unen el cuerpo al camino. Sube al cerro con un puñado de harina tostada e higos, nunca un caldo por comida porque no hay hogar que dé tiempo para hervir el agua.

El zapatero, dice Manuel López, su padre, fue un niño que andaba pastoreando las cabras por los cerros a pata pelada y podía pisar los espinos de los cactus sin sentirlo porque tenía una callosidad en los pies que le hacía de zapatos. Pero la gangrena se alojó en la rodilla y el padre nunca lo llevó a Pichasca, no se la dio a conocer. El padre quiso olvidar ese pueblo. Estuvo dos años en el hospital de Ovalle maldiciendo los cerros, esperando que la madre volviera a su pierna, no quería perderla, y luego aceptó ser amputado.

Manuel López se ríe porque está en Pichasca y el río Hurtado corre resbalando sobre las piedras. Las aguas fabrican un verde vibrante contra las montañas rocosas y centellean en la aridez. Un viejo, en la orilla, pregunta por los chanchos extraviados. Vuela una garza, en el valle se escucha el eco de las bandadas de trichahues apegadas al verdor. Las garzas son blancas y los patos silvestres negros. Entre algarrobos, pimientos y sauces cruza un chanco el río Hurtado.

Estuvimos en Pichasca y el golpe que se dio el hijo

de Manuel López en la cabeza no lo hizo enfermar.

En todos los valles hay un hijo que recuerda al padre que fuera hijo del poder y la vergüenza. A la vista de los valles transversales que traen agua frondosa y van a dar al mar, a los confluente, a algún lago que borra las pistas del trecho recorrido, los padres, cuando aún se hallan vivos, se desprecian. Se despiertan de la siesta, de la enfermedad o del olvido y les dicen a sus herederos y herederas que ellos no recibieron nada, así como ellos, sus descendientes, no recibirán nada. Ni siquiera el nombre, el pago del nombre.

Los descendientes de los descendientes, que no han recibido nada, lo saben.

La matriz

Calco los pies de cabra, las cabrías. Modifican levemente su forma según el pulso, no me canso de repetir su nombre, su silueta. Traslado el signo de un soporte a otro para multiplicar el goce de la escritura y pienso en el viaje de las letras por nuestros cuerpos de historia.

Pasajera II

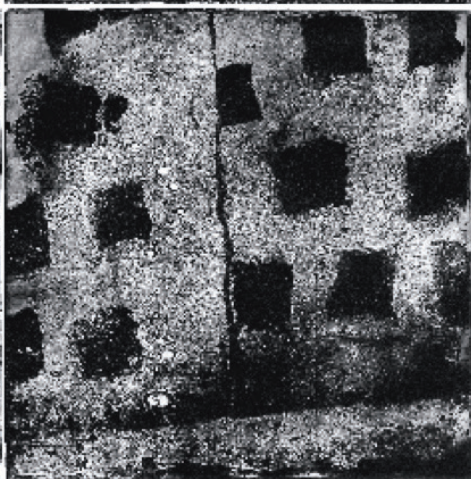
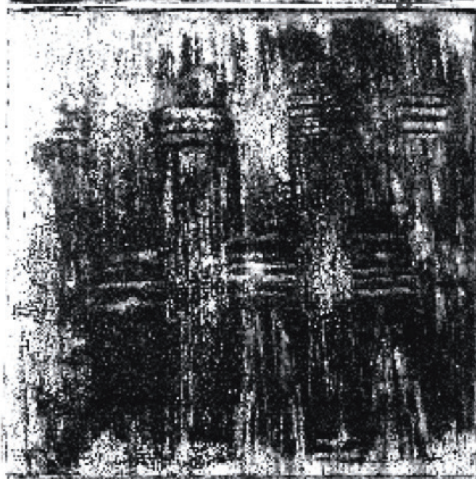
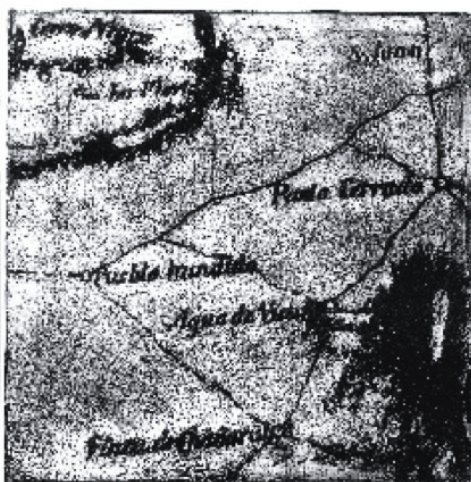
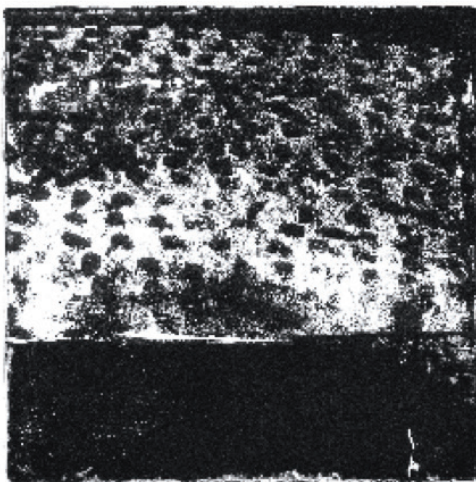
Postergo el momento de escribir porque no encuentro la palabra con que se abren las montañas, la tengo sellada en la lengua y estoy en un mal paso. Por mientras vigilo los otros nombres, los trazos en el cerro que cala mi vista al frente. Cotas o senderos para la mantención de las torres eléctricas: las veo, líneas paralelas en el cuaderno de roca y matorrales. Azogue de la montaña, indistinguible a esta hora. Al fondo del cajón, en la última tramoya, las cumbres sin nieve envueltas en nubes. Guayacán es una palabra favorita, encontrar un guayacán hace pronunciar la imagen retenida, el gusto acre y ácido de sus ramas apretadas para sortear la sequía en lo alto. Quillay, litre, colliguay. Un ojo vuela por la ladera opuesta como si desplazara una imagen en la pantalla líquida del computador. Enfoca con agudeza el grano que le propone la magnificación de la ladera opuesta. Protejo el momento de escribir «portezuelo».

Los harneros

Los harneros son una herramienta del ojo rastreador, contraria al embudo que solo mira y trabaja de modo vertical, de una vez. El Norte ha vivido de los harneros tamizando el paisaje, agitando, acariciando voraz y desesperado la textura de las tierras. El harnero es un foco. Cada mirada le concede los ojos que precisa, el colador de su suerte. Harina, áridos, oro. Cobre, carbón. Cedazos para el maíz, mallas y enjuncados contra el sol. Mapas que ciernen lo infranqueable de una zona, cartas que hacen de los senderos una trama. En el Norte el deseo de los harneros es sacarle el jugo a la aparente segura de las cosas.

«Si no atrapara el harnero sería un hoyo, pasaría todo de largo».

Lidia Castro



Pasajera III

Soñé anoche que trazaba bosquejos y tomaba apuntes en el alto de una quebrada, y es lo que hago. Pero la quebrada era verde, de arriba abajo verde. Las anotaciones y los esbozos eran algo que yo podía fácilmente extraviar, mas alguien los recogía y custodiaba para mí, me eran devueltos.

Antenoche eran dos criaturas. Me eran prestadas —una gruesa y otra frágil, endeble— las criaturas, por un pueblo cuyas fronteras eran hileras de matorrales franqueables. En aquel pueblo se reiniciaba un paisaje. En el pueblo y en el paisaje conozco un sendero que no posee trazado, son rutas que empalman sin continuarse unas a otras, es un recorrido que mi ansia prolonga.

A veces estos paisajes de debajo los párpados se alfilerean sobre un emplazamiento, como molde de papel de costura sobre una tela estampada. Me sobrecoge la forma de un cuadrilátero arrombado, de un círculo incierto. El modo preciso, aunque indescriptible, del

declive de un terreno.

Pienso haberlo experimentado en alguna ciudad, recuerdo una plaza vaga, la vista desde algún piso, desde la ventana hacia el barrio o, luego de haberle dado la espalda a esa ciudad, la vista sobre una pieza, sobre un cuerpo sentado o de pie en aquella pieza.

Yo que no he podido ser del paisaje, me es prestado, y los lugares me persiguen, me hacen falta.

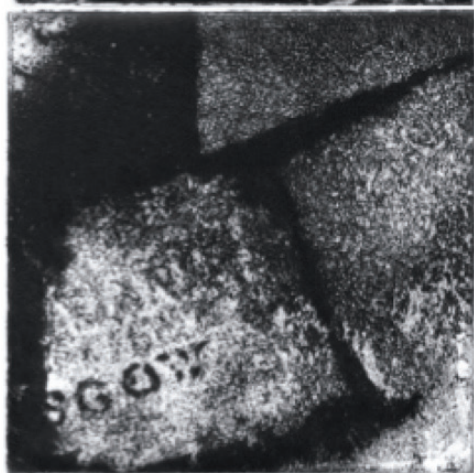
Las formas son borrachas y los pueblos parecen tan nítidos, pero son desconocidos.

La matriz

Esta es la promiscuidad deseada, es ésta. Trasládmeme. Llevar la mancha de un lado a otro dejando huellas de reconocimiento, distante de aquí allá, disuelta en todas las tintas en que aparece lo escrito, lo visto. Vivo en la tinta que me produce lo vivido, lugares, luz echada sobre la plancha que fija un detalle vuelve a prender aquella otra estancia. Con el bruñidor, remarco. Con la punta seca. Despejo una esquina insistiendo con viruta fina y papel de lija, deseo ver la palabra del mapa que me permite sentirla.

Pronuncié, detalladamente y con paciencia de amor a los lugares, S G O W, de Glasgow. La S la dejé a medias, tal como venía en el marco de la foto en la luz que me cogía en aquel momento. Aunque al subrayar su fantasma se hizo inverosímil como vista y apareció una visión. Demasiadas palabras soltándose, siempre desprendidas, que me gusta fijar. Signos que se pueden ir, como las pequeñas tumbas del cementerio indígena de Calama

dibujado en el mapa de las mujeres. He impreso en una misma hoja borrador un tumulto de planchas de aluminio como «copia de estado», juntando por economía de papel grafías de distinta procedencia. Me di lugar mimetizado por el grano de la aguatinta, confundida en la secreta trama que recorre los paisajes entre el blanco y el negro, dicha en el grabado. Como si las palabras se hubiesen abierto a esa vasta gama, lejos de lo que dicen, y yo fuese del paisaje este, acotado, cambiante, revuelto.



Las sombras

Al subir la niebla hasta Andacollo y traspasar la Cruz Verde en los cerros, sabe el pueblo que viene la camanchaca buscando a alguien y habrá velorio. En Codpa la pasajera debía distinguir el cóndor en el roquerío sobre el pueblo. Camino a Diego de Almagro no percibió el gato recostado que veía Cecilia Ramos Jerónimo en la forma de los cerros. Diego de Almagro se llamaba antes Pueblo Hundido, ha corrido mucha tinta para explicar lo hundido y para desmentir esta versión de la toponimia del pueblo que debió ser rebautizado como Diego de Almeyda y fue presa de un nuevo error. El anfiteatro rocoso del Sirawi, cerca de Taira, escribe José Berenguer, contiene un empinado tobogán de arenas claras, sobre las cuales suben y bajan con el viento –como una inquieta pupila– unas arenas de color oscuro.

Es El Ojo del Sirawi.

El Cerro Peineta parece peineta, la Piedra de la Paloma

parece paloma, el Cerro Las Papas es así, las rocas parecen papas esparcidas.

En Codpa, dice Arnaldo Butrón, por la coca hay gente que ha descubierto a las personas que roban. Ya no hay yatiri, pero muchos saben leer la coca. En el humo también, al hacerle los ocho días a un muerto, después del pagar, del chantar y de rociar la ropa con parafina arriba del cerro, se sabe quién está más próximo de morir.

Las nubes narran historias efímeras, pero los cerros no tienen maña, repiten una misma historia descifrada por quienes detienen el carrete de la película de sombras allí, en el nombre. La luz viaja pero el relato no se extingue, las palabras son de piedra, pueden asaltar una mirada desatenta que cree ver en el cerro un cerro. La pasajera enmudece entonces. Al plisar los ojos puede ver los camélidos grabados en la roca, también vio al león boquiabierto, la pintura de su desmesurada dentadura, y distinguió el plano de las cordilleras dibujado sobre el risco. Pero también ve sombras que atraviesan las cosas.

Entre las arenas que bordean Calama, Francisco Pérez indica el sitio en que la CNI le fabricó una cama de dinamita a los funcionarios del Banco para borrar las pistas del asalto que la propia CNI había llevado a cabo. En las mismas arenas duermen minas antipersonales del

tiempo de la Guerra del Pacífico.

Quebrada tras quebrada me lo han dicho uno por uno, las aguas, las tierras, las habitaciones, las constelaciones y los nombres se mueven, cambian de lugar.

Las quebradas

¿Qué significa emigrar?

Solo dos escolares de los pueblos del interior del Elqui supieron darle sentido a esta palabra.

Es cuando mi padre estuvo cesante, dijo el niño.

Es cuando cae la quebrada, dijo la niña.



La matriz

Es distinto escribir «yermo» a pulir una superficie, con la goma abrasiva, que lleva por nombre yermo. Es otro el placer al bruñir una zona que, el cuerpo sabe, encubre lo que me gusta llamar la luz definitiva de ciertos lugares.

Es distinto escribir yermo a tocar la palabra y dejarse rasmillar por su materia.

Las palabras, al igual que la matriz de metal, poseen diversas capas difíciles de distinguir. Un brillo debe ser diferenciado de otro a través de una cierta inclinación del cuerpo y, sobre todo, del ojo. En un cierto ángulo de luz y con la pupila dilatada aparecen las capas geológicas depositadas unas sobre otras, las capas de ocupación y otras intervenciones que han dejado huellas. La arqueología indaga en los basurales como restos de vida material. Basurales, grabados o pinturas rupestres y manantiales, ríos o cursos de agua se estrechan en la edad de un lugar. Yo debo exorbitar la mirada para llevar a cabo la partición entre las manchas fantasmagóricas que son propias del

aluminio, el centelleo en las imágenes fotográficas y la oscuridad que pertenece a la historia.

Lo que me ata al grabado es el error, nada en él es definitivo. Una equivocación es punto de partida, la oportunidad de soltar las amarras y dejarse llevar por la materia, por lo que es sugerido en este cuerpo a cuerpo entre una mano que quiere corregir y la misma mano que hace abandono, detiene su frenesí y cae. Me atrae el grabado porque es trabajo. Un delantal que resume tiempo cuando la faena toca a su fin e inscribe definitivamente –porque la matriz que se da por terminada prolonga esa certeza de lo definitivo, una luz tajante, un momento con forma, un dolor, una lacinante pérdida en el goce, esa imagen prendida y fija en la vibración de aquella escena–, cuando es dada de baja, finito el lento oficio de marcar, borrar, entrecruzar, tarjar, atenuar, finalizado en esta matriz que queda atrás y se presta a ser estampa. A ser repetición. Fetiche.

La mugre, que es alegría de este trabajo y cochina como los viajes, ha sido pasada en limpio y ya no hay pasión, solo contemplo un objeto.

Lo que me atrae al grabado es el error,
nada es definitivo. ^{aprovechando} Los errores son fuente de
fortalecimiento, la oportunidad de volver las pautas
y dejarse llevar por la materia, por lo que
es sugerido en este cuerpo a cuerpo entre
una mano que quiere corregir y la misma
mano que hace abandono, de tener su
fuerza y su.

Amo el grabado por que es trabajo. Un trabajo
que requiere tiempo cuando al trabajo toca su
fin, es inevitable definitivamente, porque la
matriz que se da por terminada produce una
certeza de lo definitivo - una luz tajante, un
momento en forma, un dolor, una conciencia
férvida en el que, es imagen prendida y
fija en la vibración de aquella escena - cuando
el acto de bajar, finit el bato oficio de marcar,
borrar, embrocizar, forjar, atenuar, finalizar
en esta matriz que queda atrás y, por ello,
se presta a ^{su} ~~la~~ ^{repetición} ~~la~~ ^{repetición} ~~la~~



Plasma
(2005)



El sobre que ojeo y ojeo reemplaza el diálogo que yo hubiese deseado con la Oficina. Cada pieza del expediente contradice a la otra y me contraría. No consigo sacar conclusiones del vínculo entre las fotografías y los manuscritos de Rita Rubilar, entre estos y el mapa de Fajes con detalle de la zona. Me dirijo hacia el desierto pero debo vigilar las quebradas. No hay ficha personal de Rita Rubilar, sino una recomendación: *las pistas se ofrecen más bien en los escritos que ella abandona en diversos sitios de Fajes*, reza el expediente. Es una letra alterada, irregular, la de Rita, que se plasma en este álbum de desechos. Una caligrafía urgente, perseguida por el tiempo, que dice cosas lentas e inútiles. Por ahora inútiles. Al tendérmelas Braulio, mi superior, me hizo un guiño de ojo. ¿Sabe Braulio de la tinta?

Despega la máquina del suelo y mi corazón empieza a latir tinta, mi ojo lagrimea un pigmento para escribir.

No tiene que ver con la lectura de las notas de Rita, no. Tampoco con esta misión ni con otras. Es una tinta que brota, etérea, y que la altura de la máquina conquistando espacio logra condensar, es una momentánea vastedad que me embarga.

¿Sabrá Braulio que en mí se pone en marcha la máquina de escribir en cuanto inicio un desplazamiento? Lo he ocultado a mi superior y a los de la Oficina, estimarían que me distrae, que es cosa diletante, de mujeres, de culpables.

Cuando no escribo sucede lo que está sucediendo, todo escribe por mí, veo tinta por doquier. Tinta en el desierto parece tan extraño como los gallineros. Pero no es tinta clandestina, es tinta por encargo: describir los merodeos sospechosos de Rita, describir sus andanzas. *Es turbia*, dijo la Oficina. *Haga informe. Lleve cuenta. Detalle.* La Oficina concluirá, no es de mi resorte. Yo soy escriba, descriptor. Busco la tinta y espero a Rita, que debe dar que escribir.

Escribo acurrucado en una manta y no me muestro, a los ojos de los hombres de Fajes soy raquíptico y silencioso,

no poseo cuerpo de afuerino, no hago comercio en el Mercado ni soy postulante a la *Fabrica*, no tengo lugar. Los hombres, los afuerinos, se guardan temprano. Van a las duchas por turno, escuchan los noticieros y leen los periódicos con irritación, dan un manotazo al interruptor de la lámpara de velador y duermen agarrotados por la rabia, le dan la espalda al día y fabrican músculo para que al día siguiente la paga sea mejor. Mientras duermen, mientras preparan su sueño y tosen, hacen girar su soledad en los catres y transpiran a pesar del frío, yo escribo. Por mis fuentes personales, sé que son yareteros, cateadores, cueveros, trituradores, polvoreros, mercachifles, arrieros, canaleros, carrilanos, matasapos, llaveros, lateros, guardahilos, cachorreros, destazadores, llamperos, costures, loncheros, botarripios, zorreros, costros, serenos. Duermen sabiendo cuál es el trabajo que los aguarda mañana, mientras yo difiero mi ansiedad, divierto mi ignorancia.

Consulté telefónicamente a Braulio, mi superior. Me habló que este era un caso, un *dossier*, que debía tratarlo como expediente, construirlo para que así lo fuera. Apretar los hilos, con los dientes, apretarlos como amarro mis zapatos, dijo, como tenso los cordeles de una encomienda. Aprender la atadura de nudos de

estibo, de nudos marineros y pescadores: un tirón para ceñirlo. Hacer caso de trampas para bestias (un tirón para capturarla), del laceo de bestias. De los nudos que agarrotan los nudillos de las manos tras la silla, del nudo que se cierra con el peso de los ahorcados. Me habló Braulio de atar hilos firmes. Dijo que lo mío parecía trabas, horquillas para sujetar las mechas. Bordado. Instintivamente pasé una mano por mi cabello.

Me ordenó vincularme con la P. I., que la P. I. sabía método, la Policía Industrial de la *Fabrica*.

El área donde me desenvuelvo es una larga cadena de producción ubicada en un galpón de estructura metálica. Tengo a Rita bajo la vista, aunque a una cierta distancia, ocho horas al día. Nos separa la rapidez en los dedos: concluye nuestra línea una mayoría de mujeres, más diestras en la repetición y la simetría de los pliegues en el cartón corrugado, en ubicar los corchetes a intervalos exactos. Aunque no distingo con precisión sus ademanes, puedo observar las expresiones en el rostro de Rita, tal vez adivinar sus propósitos, percibir un cambio en sus móviles. No es tarea fácil porque Rita, toda Rita, posee algo hierático, inexpresivo. Se guarda a sí misma o esconde algo, parece impenetrable. Rara vez llama la atención del supervisor, cumple de un modo neutro y eficaz su tarea,

no alterna con nadie, se incorpora y abandona su puesto en el horario reglamentario siempre en soledad. En esta frecuentación distante he podido remarcar la atención que pone Rita en su cabello. No lo informaría nunca a la Oficina, por precaución, pero es el único rasgo en ella que sobresale, un posible indicador. Parece someter la mata de pelo oscuro que es suya a repetidas escobilladas y alisadas cada vez que va al baño, vuelve luego a la cadena de producción agarrando ese manto pesante y oscuro que es su cabellera en una cola de caballo que se inmoviliza en el momento mismo que se sienta a su puesto. Al final del turno sale del baño dejando suelta la gruesa mata de pelo chuzo.

Me he esmerado en sostener los tiempos fabriles que le son exigidos a la cadena que me corresponde. De noche se me acalambra las manos y sueño con hileras de cajas que transitan frente a mí a un ritmo que no consigo alcanzar. Sueño también con avionetas cargadas de extraños bultos despegando y aterrizando en Fajes, como moscas negras sobre el desierto. Sueño que estas avionetas están confeccionadas en papel de estracilla, en papel verjurado, en cartón piedra, que se arrugan en vez de estrellarse, que al ser lanzadas al aire retornan en dirección mía, como bumerang. Pero en mi puesto de

trabajo aplico la capacidad de concentración cultivada en las misiones para la Oficina y, junto con la extrema discreción de la cual hago prueba, me ha valido una promoción en la línea. Del embalaje grueso fui trasladado a la sección contigua, junto a Rita, que se especializa en la manufactura de cajas para larvas de mariposas de exportación.

El clima de adversidad hacia mi persona se ha exacerbado en la línea de producción. Cualquier accidente que provoca sondeos y entrevistas por la plana mayor deja en evidencia la inmunidad de la cual gozo. Hoy alguien manipuló de manera indebida un paquete ya sellado por otra área de trabajo y todos los que nos hallábamos en la cadena vimos progresivamente nuestras manos teñirse de un color carmesí oscuro, nuestros dedos entorpecerse con algo viscoso que se adhería a los nuevos embalajes. Desconocía la ley que rige en la cadena, mantener silencio hasta que el supervisor advierta la falla, demasiado tarde para inculpar a un operario en particular. Pregunté a mi vecino si acaso era jalea real.

—No es jalea real, caballero. Es plasma.

La respuesta estaba cargada de ira. La sentí cargada por sobre todo en el apelativo de *caballero*, iba a sugerir

que podía tutearme, pero este breve diálogo repercutió de inmediato en el ritmo que llevaba la línea y llamó la atención del superior, con inmediatas represalias.

En el patio trasero, entre los estanques de gas, de ácido y de oxígeno, allí donde se arriman los motores de refrigeración y los contenedores, cada vez que me encuentro con un compañero en el turno de aseo éste me increpa. *Sapo* es la palabra proferida una y otra vez. Luego rehacemos el camino de vuelta agachando la cabeza para no golpearnos contra los ductos de ventilación y, una vez absortos en las tareas, nadie me dirige la palabra.

Llevo incontables meses de operario en la *Fabrica*, vigilando a una mujer que todavía no conozco, sin detectar red alguna que compruebe el tráfico de estupefacientes.

Los operarios no han cesado de tratarme con distancia. Solo me dirigen la palabra para corregirme.

–No son piezas las que embalamos, caballero. Son muestras.

–No son larvas de mariposas, caballero. Son embriones.

–No es comercio, caballero. Es contrabando.

Me encuentro siguiendo los pasos de Benedicto, único progenitor de Rita aún en vida.

Benedicto sale invariablemente en búsqueda de Rita a las horas de comida. Lleva puesto el sombrero y en el ala, una tarjeta.

–El lonche –murmura–. No está listo el lonche, Rita.

Espera a Rita calcinándose bajo el sol de mediodía, entre las piedras del primer murillo del pukara.

–Buena costra –murmura acariciando la piedra–. Buena costra, Rita, buena casa.

Ya conocía yo el domicilio de Rita. Bastó entrar a la casona que compartían con otros arrendatarios, idear un coartada por si alguien de aquella vivienda fantasma se asomaba y hacer uso de mi ganzúa. El único cuarto al que tuve acceso fue aquel de Benedicto, al fondo del patio interior. Había calamina en todas sus formas: calamina el catre, calamina estirada sobre tarros parafineros. Calamina la cocina, calamina estirada sobre tarros conserveros llenos de tierra, calamina el cañón de cocina. En un rincón de la pieza, raíces apiladas como leña. Al ingresar me había intrigado el constante ruido de aleteo y me asomé a la ventana que daba a un patio de tierra cubierto por una ramada. Allí estaban, allí escondían las gallinas de Fajes, la matriz del mosquerío negro y brillante que se filtraba en las cantinas, los restoranes y los bares.

Haciendo aspavientos y dando de manotazos en las gruesas espirales de moscas me sorprendió Benedicto. Ingresó en lo suyo sin asombrarse de encontrar allí a un extraño. Me tomó de testigo de su desazón, como si fuera ese el motivo de mi presencia, un cierto interés en Rita, por Rita.

—Caballero, mi espera es lonche de la Rita, de tiempo que aguanto esperanzado con la malcriada, malhija, malamadre, ni lonche ni cuenta de tarjeta lleva trayendo. Mire, caballero, la carga ordenada como la tengo, de a kilo cuadrado, cabrá cundiendo en la carreta para gusto de Ramón que saltó en pedazos con el último tiro, hecho arena Ramón en su cuerpo cuando venía más carga para mí, más paga, mayor tarjeta y él se esfuma entre el pedruzco.

—¿Qué hace Rita?

—A su antojo hace Rita. En vez de cuentas como atestiguó por Savina (Savina la parió, la malparió para no aprender de tarjetera que era Savina, mi mujer), en vez de fichas, anda tras de la moneda y tras de los billetes, *gana sueldo*, dice la Rita, y si sabe que no podemos canjear sino con los arrieros esa moneda, si sabe, ¿por qué monedea?

—¿Cómo la gana, la moneda?

—Embalsamando paquetes, inventario, gana la Rita, dice ella. Empaqueta. Es empaquetadora, caballero.

—¿Qué envuelve, Benedicto, sabe usted lo que ella envuelve?

—Es difícil esta interrogación, caballero. Cuesta interrogarse con la Rita de sus envoltorios, es malhija de contestar las preguntas. No quiere saber de enganchadores, no quiere dejar de aquí, es lugareña y si usted, caballero, nos quiere enganchar, debo hablarme con Savina, mi esposa. La niña Rita no va a querer.

—¿No adivina siquiera qué cosa envuelve Rita?

—Cosas de tráfico, caballero, bultos de viaje, me ha dicho. Ella no se mueve, ni por buenas fichas se muda.

Benedicto peleó un momento con la gallina que había ingresado en su cuarto. Ella escapaba brincando y haciendo tintinear la calamina bajo los enseres. Sus aleteos cubrían apenas la maldición de Benedicto, *mal parida, mal parida*.

Sobre el piso irregular de tierra no me sentía aplomado.

Le recordé mi presencia con un carraspeo.

—¿Y Efraín, quién es, lo sabe usted?

—¿Efraín? El enganchador que merodea a Rita, la Rita. Tras de ella, a mí. Hay otras oficinas que abren, seguro que abren otras oficinas, es así, una cierra, hay despueblo, la otra hace nombrada, indaga mano de obra, porque hay caliche para abrir otra oficina, más lejos, apartado de aquí sin riqueza. Ese es Efraín, enganchador, anda buscando. Busca mi fuerza, Efraín, a través de la

Rita, mi fuerza de experiencia. Sabe de hombres. Los catea. Los cala.

–¿No cala a Rita?

–La Rita no sirve para calar, no hace buen lonche, te lo dije.

–La Rita de mujer, Benedicto.

–Mala mujer, muy andariega, metida a hombre. No se está quieta, la Rita. No sirve, no se sabe en qué mundo vive.

–¿En qué mundo cree usted, Benedicto?

–Te dije, no se sabe de ese mundo en que vive la Rita. ¿En qué mundo vive? Te lo pregunto, que no es el tuyo y el mío, tocayos mundos, que podemos conversar: una pregunta, una respuesta, como ahora. Pregúntale a Rita, no sabe contestar, no sirve.

–¿No quiere contestar?

–Te digo que no sabe, no quiso aprender a contestar con respuesta. Habla de nuevo, no responde.

–¿Oculta algo, Rita?

–No oculta, acalla, me acalla mis preguntas. Trata tú de saber de sondeos, ¿eres sondeador, no? Ya ves que trato de responderte pero la Rita lo hace mal, no deja que responda por ella de su mundo, se vira en lo que te digo para dejarme mal parado.

Mal parado, dijo Benedicto, y se endureció. Se sentó secamente en la cama, no me ofreció asiento. Quedé yo también mal parado, en el umbral de la puerta,

sobre el piso irregular, con el sol ardiendo sobre la nuca y la espalda.

—Mira, caballero, toda esta lontananza la he revolcado dándole vuelta a la tierra, buscando oro blanco bajo el disfraz de la arena. Hasta blanco se me puso el ojo de la pupila, el ojo buscador, quemado con la dinamita de la aureola blanca que pliego para ver, catear, estrujar el terreno, divisar en el caliche, apartar con la ojeada la costra buscando mi reliquia. Los músculos demasiado lentos, a la siga del ojo, quedándose atrás del ojo, y yo chicoteando los brazos, las piernas, para que den abasto a la abarcadura que veo, la riqueza que se me viene por delante, mucho alcance, montos de alimento, de ropaje para mis niñas, la Savina mi mujer, la Eduarda, la Delfina, la Rita. Mucho alcance. A Nasario lo desheredé, ni pilchas, ni lonche, por anarco y abanderado sin fuerza común. El Angelo se me murió, caballero. Silvino, yo lo quería porque mi mujer la Savina estaba harta de hijos. Silvino iba a nacer Silvino o Silvina, para encariñarla a mi mujer con el nombre porque no lo quería, Silvino nació nonato. Después de la Rita, un nonato. Después de ella nada, ningún hombre, nadie que hiciera de niño chillo, de diablo, de sapo. Ya lo sabes que me quedé con la condena de las niñas, faldas y faldas como un torno girando en las arenas, torno para el lonche, torno para la cantina, torno para la libreta, torno para el lavado. Sin

hijo achillado. Con todo y torno me quedé solo como mísero, como ánima en pena de hombre solo, cuando las faldas no entienden, me llevan en contra las niñas, me hacen huelga de viandas, no me trae el lonche la Rita, tú te das cuenta, ¿no, caballero? ¿Y en qué mundo vive la Rita? La Rita no sabe colocar la sal donde la ponía Savina mi mujer, no hallo nunca la sal en la cocina, nunca el mismo lugar, nunca el lugar de la Savina. La Rita no cría las gallinas, tampoco sabe criar. No prepara bien el lonche, no repara sacos, no suma los números de mi tarjeta. Olvidó el nombre del capataz para poder recordarme del olvido que tengo yo, no se acuerda. ¿En qué mundo vive, entonces?

Pensé que formular otra pregunta haría posible moverme del dintel, esquivar el calor que se concentraba entre mis ropas, el sol adherido a la espalda, de atrás hacia delante, me ablandaba el cuerpo.

–Pega, pega fuerte el cara de gallo –comentó Benedicto. Observé las aves de corral.

–No, caballero. El *cara de gallo* –me dijo indicando hacia lo alto.

–No es el mismo mundo suyo, el mundo de Rita.

–No, caballero. A Chilleja me fueron a enganchar, al sur. La Savina ya estaba acá, del puerto de Quisque subió, viviendo la guerra, a que no la violaran se vino a las oficinas, a trabajar con nombre y apellido para que

no la violaran en el puerto de Quispe. Eso les contó a las niñas y no tuve entre los míos ningún hombre que me defendiera de ser hombre, a todas les contó que los soldados violaban por ser hombres y por ser soldados, que Quispe no es ciudad para tener hijos, que los hombres ocuparon la ciudad violando a las mujeres anónimas que eran mujeres de los enemigos por hacerles daño a esos hombres y ocupar la ciudad de los hombres a través de sus mujeres anónimas. ¿En qué mundo puede vivir la Rita, entonces? Mi mujer Savina no midió las palabras, fue suprimiendo a nuestros hijos que iban a ser gallos, canarios, achillados. Los suprimió convirtiéndolos en hombres de Quispe, con ese espejo por delante.

De Benedicto no saqué nada en limpio. Anoté palabras, para pertenecer más a Fajes. Anoté palabras para Braulio, mi superior, palabras para el *contexto*, como me exigía siempre Braulio. Porque a las innumerables preguntas que le había hecho a Benedicto muchas de sus respuestas habían sido correcciones:

- No es el desierto, caballero, es la pampa.
- No son peñascos, caballero, son ripios.
- No son raíces, caballero, son yaretas.
- No es adobe, caballero, es costra.
- No es una usina, caballero, es una salitrera.
- No es un poblado, caballero, es un tambo.
- No son oasis, caballero, son canchones.

- No son grietas, caballero, son landras del terreno.
- No es una ciudad, caballero, es Fajes.

Debo convencer a Braulio de que esta información es vital para la Oficina. Lo que hago mal y me es corregido se torna en capital para la Oficina, deben saber valorarlo. Un banco de datos con palabras que nombran el contexto para cada capítulo regional. Tal vez sean más que palabras claves, puede que sean *chapas*. Tal vez al nombrar extrañas expresiones como las que escuché de Benedicto, *Casa de Fuerza*, *Casa de Yodo*, *Casa de Máquinas*, esté nombrando una central, una casa matriz, una plataforma de distribución de estupefacientes. No sé en qué mundo viven aquí en Fajes. Y del mundo en que vive Rita voy a averiguar.

Nos vamos, le escuché decir a Rita al mozo de *El Pájaro Azul*.

Me comunicué de inmediato con la Oficina en Siago.

–Nos vamos –le comunicué a Braulio.

–¿*Nos vamos*? –repetió por teléfono.

Interpreté su silencio como felicitación. Estaba en el *grano*. En la raíz del asunto. Adherido a ella, a la raíz, a Rita, sin dispersión.

–Lleva un móvil –me dijo.

–¿Un móvil?

–Un teléfono móvil, Bruno.

Ingresé, por primera vez de noche, y por última vez para despedirme del pueblo, a *El Pájaro Azul*, y se voltearon todos. Escuché que murmuraban mi nombre: Bruno Alfonso Cuneo Ton. Así me llamaba yo en otro tiempo, antes del bufete, antes de la placa de cobre con el grabado de mi nombre. También escuché que decían *chino* y que reían alrededor de ese vocablo, que yo era chino, y además un chino, y que trabajaba como chino. Pero no era suficiente, había algo más. Todos estaban de acuerdo pero solo uno se acercó a decírmelo, al final de la noche. *Propio*, dijo que soy el *propio* de la *Fabrica*, el *propio* de Baldomero y de la gerencia. Amasó saliva con la chicha de mukho y con cachucho, lloró colocando y volviendo a colocar *Bésame mucho* en el burlitzer, dilató la mudez siguiendo el mecanismo que seleccionaba el disco en la hilera de vinilos y caía, irremediabilmente, en una melodía que lo hacía lloriquear, para poder decirme *propio*, para escupir la palabra. En *El Pájaro Azul*, vuelto una sola masa ebria y atenta, todos esperaban. Acostados sobre las mesas, camino al urinario, fumando con indolencia, fingiendo contemplar la pampa, a oscuras y a través del cortinaje del ventanal, riendo el oro de un diente, la mirada vidriosa, aguantaban el sueño para ser testigos de la palabra.

Salí del local a las calles acamanchacadas. Allí se hacía posible extraviar esa palabra. No necesitaban corregirme.

Yo sabía que el propio era el suche, el que trabaja para el patrón, lo había averiguado en las fuentes consultadas para mi viaje.

Al cerrar mi pequeña mochila, releí, para darme ánimos, unos apuntes de Rita:

Palabras como alfilerazos, como uñas partidas. Palabras partidas como uñas rotas. Cuesta leer. La cordillera no dice nada.

Se revuelca con Efraín en la jugosa quebrada de Misca, se refriegan Efraín y Rita hasta empaparse las pieles, oscuras y brillosas, ensalivadas, costrosas de mugre adherida, como los sucios infantes en las ruinas que creían parque de juegos.

Se hallan vestidos pero desarropados. Rita arrastra una mano sobre la camisa de Efraín, la tela parece piel, parece porosa piel como la acaricia Rita y se enerva con esa superficie que le tiende Efraín, pegada a él mismo, siendo y no siendo él en la tela, en la transpirada y transparente tela que le hace de piel. Luego atraviesa el pantalón con una mano Rita y él traspasa el cuello quebrado de Rita con la boca, baja con los labios y hace aflorar un pezón negro, lívido y oscuro entre la blusa apelmazada. Tienen labios de adictos, tienen la palidez de las bocas abiertas, como si fuesen a arrojar espuma en las comisuras, como

si no retuvieran la saliva, como si la lengua estuviese encorvada y luego Rita se uniera desesperada unciéndola a la cadera de Efraín, al ombligo de Efraín, a la oreja de Efraín. Incluso la chupalla de Rita, la chupalla de la que no se separa desde el inicio del viaje, la chupalla a la que otorga distintas y caprichosas formas, incluso ella fue arrojada lejos, y los estrafalarios peinados con que Rita anuda ahora su cabellera se encuentran deshechos, la crin suelta se entremezcla a cada uno de sus gestos pegajosos, se introduce en los pliegues de uno y de otro y les vela la vista. Parecen borrachos mamando manchas en la tela, manchas revueltas con cabello y Efraín quiere tragar un ojo de Rita, lengüetea un ojo como si se lo pudiera quedar y ella frota un pecho, con la mano lo frota contra el miembro de Efraín.

Me he recostado para implorar al cielo, a la Oficina, poder seguir llevando nota de esta escena en la quebrada, poder medir el carácter de Efraín y el carácter de Rita sin sucumbir a sus encantamientos. Me he tendido de espaldas sobre la loma suave para tener un respiro. Se aparean como adictos, jadean como adictos y el cielo se ha teñido de un azul intolerable, como si mis pupilas se hubiesen dilatado y fuese a hundirme en esa cama celeste que me jala hacia arriba, aspirando mi voluntad.

De quebrada en quebrada, de un verde a otro, de lechos secos a pequeñas vertientes, del algarrobo al pimientito, del pimientito a la higuera, fui siguiendo sus huellas lentas y arrastradas. Mi designio apuraba el tranco mientras ellos vagaban, me hice veloz a pesar de mi torpeza. Tuve patas de perro y hocico de perro para pisarles los talones en esos parajes inhóspitos, llenos de piedras donde tropezar. Como perro los seguí, como can me mantuve a distancia pero próximo, cuidando de sus gestos, de lo que extraían de bolsos y bolsillos, de sus bocas hambrientas, de sus agujeros. De las monturas de los burros, de sus hocicos. De la tierra. Todo lo estrujaban, asistí como perro al festín de los amos, ebrios con ellos mismos, buscándose cosas adentro del cuerpo, trajinándose hasta el agotamiento. Hasta la fiesta de Cuyo. Hasta allí llegué sin desfallecer.

Durante tres días estuve jadeando en la tierra de las calles enfiestadas, siguiendo el ritmo de las cajas y los pitos. Las cofradías giraban como trompos haciendo reverencias a una virgen de ojos caídos, mientras se trizaban los rostros en los fragmentos de espejo cosidos a los suntuosos trajes, a las pesadas capas. Las flautas ajaban el aire bajo el compás quebrado de la percusión. Justo en el último son suspendido de los tambores, los danzantes inclinaban el cuerpo hacia el suelo, demoraban el paso en el aire con

una rodilla flectada hacia atrás, como si fuesen a golpear la frente contra los farellones de alguna montaña.

Los bailarines y los músicos estaban poseídos, parecía que alguien todopoderoso les hubiese dado cuerda, que fueran cuerpos inyectados de alucinógenos, insensibles a la fatiga. La mirada ida, los gestos mil veces repetidos, sin cuenta, transportados. Todo el pueblo era un ánima en pena, zapateando sobre la tierra y los adoquines. El agrio y desafinado son de las flautas cargaba el aire y los sentimientos, rasmillaba el corazón.

Por la noche los promeseros me conversaban, de un lecho a otro. Decían que las zamponas estaban embebidas en aguardiente. Que era mala cosa las mujeres haciendo de Caporalas. Para eso estaban las Señoras, los encargados del orden en los Bailes. Que la Iglesia quería arrebatar la fiesta al Cacique y las Cofradías, que había pleitos entre el Baile de los Chinos y el de los Turbantes.

Entre las pilchas y el aguardiente disimulado contra la Ley Seca en envases de bebida, se comentaban ahora los arreglos florales de la parroquia y las cascadas de luz eléctrica del municipio, los nuevos atuendos de las Morenadas, las cantidades de peregrinos. Por sobre todo, el cuchicheo se alarmaba de la escasez del agua, la fiesta concluía en la segura de todos. Solo hablábamos de los

pueblos desaparecidos porque sus aguas habían sido drenadas por la minera, de los pueblos enterrados bajo las aguas del embalse para la minera, de los cortes de agua en Cuyo para abastecer a la minera, de los turnos de agua en las chacras después de haberse alimentado la minera, del diámetro de las cañerías en el valle de Quelamí, en Corral Quemado, en Aguas Negras, en Chumata, siempre inferior al diámetro del acueducto que atravesaba las sierras en dirección a la minera. Se endurecían las acequias y cesaban de brotar las vertientes, las pozas no alcanzaban a llenarse. En lugares del desierto agrietados por la sequía se escuchaban los borbotones de agua correr dentro del acueducto de goma dura, decían. Con los ojos húmedos atendían a este ruido de sueño encapsulado en el cual eran reducidos y drenados sus verdes oasis, se entrechocaban y desaparecían las antiguas viñas, las plantaciones de maíz, de afrecho, de quinua, los papayales. El agua les era devuelta como mercancía en los camiones cisterna que recorrían los pueblos a precio de oro.

Salimos de Cuyo en dirección a los cerros. Imitando a la distancia los gestos de la pareja, yo había hecho provisiones. Comprendí que sería largo el trecho por venir.

Rumbeo tras ellos desde largos días, estoy exhausto y falto de agua.

Después de asenderear fatigosamente por rodados y precipicios, por suelos irregulares, torciendo los pies en las grietas y tropezando con guijarros y, luego hundiéndonos sin avanzar por dunas y dunas de arena, la quebrada en la que nos hemos internado se ha abierto en un estrecho e imponente cañón. Arriba quedó la planicie de arena. La interminable aridez era solo una terraza, ahora llevamos horas y horas bordeando la falla que le hace de límite, viendo cómo fue cortada por el lecho del río, cómo el río se volvió riachuelo, cómo este brotó de los antes verdes manantiales y cómo de todo ello solo queda un breve bofedal. Arrastro desde un tiempo incontable el cielo de acuarela contenido por las paredes rocosas del cañón que convierten la bóveda celeste en un río desplazado sobre mi cabeza. Su nítido tumulto avanza con nuestros cuerpos, su extraña transparencia azul se hace curso, va derramando su corriente entre los afilados roqueríos y me encandila. El aire hormiguea en torno a mi piel. Entrechocan los volúmenes con su propio silencio. A veces un ave traza la partición de esas formas que bogan de aquí allá. A veces una mancha hace de eco entre el alto y el bajo, entre saliente y poniente. A veces soy yo quien está callado, yo quien dirige el silencio. Soy de plumas. Tengo las plumas recogidas. Son húmedas como los ojos

de agua en el lecho seco que recorro. Son de musgo al frotarlas al aire, suaves en el roce de la roca. Son secretas, me surgieron aquí. En la tinta del río extinto se me vinieron encima las alas, una dulce movilidad. Yo estoy exhausto, yo carraspeo sin hacer ruido, en la inmovilidad del talud. Son estas alas que me baten y buscan seguir más allá. Nada se encuentra derecho. Los cielos fluyen y la bóveda es un hilo de agua donde se perciben figuras extrañas de animales saciando su sed, amamantándose de aureolas lácteas, orinando líquidos translúcidos y fértiles. Orino amarillo en el suelo que traga. El sol atravesó el cañón como puente. Pero yo ya había extraviado las orillas. Mi envase plástico estaba perforado, no podía recoger líquido de los ojos de agua. Veía pedazos de cielo nutriente, pozas celestiales, y a escondidas me desalteraba, lamiendo desde el vientre, acostado de vientre con la lengua afuera, en el verde pastizal mi lengua. El cielo se deshilacha, como separándose entre piedras enmohecidas, el cielo en filamentos va a cubrirme, me arropará de tela hilada para la helada noche junto a las lápidas.

Despertó mi carne machucada contra las filosas piedras de un rodado. Revoloteaban unas frases en el aire límpido, unas aves hablaban de mí. No debía olvidar el signo de los guiones antes de cada oración. Aves como guiones planeaban a lo lejos, contra un azul intenso. Plumas.

- Está aturdido.
 - Es un operario de la *Fabrica*.
 - Está ido.
 - Le llamaban el *propio*.
 - Es pálido.
 - Nadie quería hablar con él.
 - Parece máscara.
 - Tenía apellido chino.
 - Máscara de ojos rasgados.
 - Nunca supimos de dónde venía.
 - De boca rasgada.
 - Le crecieron las mechas paradas y es carilampiño.
 - Lleva traje endomingado.
 - Siempre se vestía igual.
 - Parece inspector en servicio.
 - Qué pequeñas las manos.
 - No lleva choca ni cantimplora.
 - Lleva teléfono móvil.
 - Está descargado.
 - El mapa que lleva es de otra quebrada.
 - Lleva otros papeles, un fajo.
 - Qué pequeña la letra.
 - De médico, la letra.
 - Dice *rebaños en el cielo*. Dice nuestros nombres.
- También dice *Dominga*.
- Dominga, orino en el suelo*.

- ¿Conoces a alguna Dominga?
- Qué enclenques las piernas.
- Ha andado sobre las nalgas, está gastado el pantalón en las nalgas.
- Aquí dice «Rita y Efraín».
- ¿Por qué anda endomingado y con mapa?
- ¿Por qué lleva móvil?
- ¿Por qué no lleva cantimplora?
- ¿Por qué dice de nosotros?

Azul. Azul. Azul. Me entraba por la boca. Era alto aquel azul que no tiene descripción. Me entraba por la cuenca, totalmente expuesta a pesar de los párpados, me entraba por la nariz, inhalaba azul, escuchaba el azul en lo alto, los orificios atentos.

- ¿Aspiró cebil?
- Viene de una fiesta.
- Mascó coca.
- Se hizo cataplasma.
- Se extravió en una Morenada.
- Perdió al Caporal.
- Perdió a sus Chinos.

Era honda la cuenca del Sao allí donde sentí grietas en mis labios, eran altos los acantilados para mi inmovilidad. Giré los ojos hacia un costado para ver a Rita y Efraín dormidos. No los inquietaba aquel cielo azul que corría sobre nosotros. Rita acostaba una mano sobre el miembro de Efraín y los párpados de ambos eran una línea lánguida que colgaba del sueño, plácida como los párpados sin pestañas de las momias en los santuarios de altura. Volví a girar los ojos cuando noté que sus cabellos eran secos, sucios y enmarañados como las mismas momias, porque era mi propia muerte que estaba contemplando y los labios se me escarchaban. Tal vez los dedos de mis extremidades pendieran con la misma entrega de las momias recogidas para el sacrificio. Habían dicho *cebil*. Habían dicho *coca*. Debía anotarlos. Los apuntes parecían tan lejanos, las hojas de papel en blanco, la tinta. Solo las palabras, palabras intensas, definitivas, revoloteaban en el aire crudo. Se frotaban, las palabras, y hacían surgir sueños antiguos, de anoche, de antenoche, de muchas noches atrás, cuando yo todavía era el mismo. ¿Cuál era la niña de mis ojos? Ojos frotaba con la *J* con otras *J*, como chicharra en la cuenca del Sao. Pestañas, antenas de insecto, fósforos de fuego intangible eran las palabras. Mi cuerpo inmóvil era su esmeril. Volví nuevamente la órbita de los ojos hacia Rita y Efraín, que habían pronunciado las palabras *cebil* y *coca*, pero no *chicha*. No deseaban mi muerte, los

sacrificios humanos se hacían embebiendo a la víctima con chicha. ¿Deseaba yo la de ellos? ¿Deseaba la muerte de Rita? ¿Deseaba a Rita? Su mano seguía posada sobre el miembro de Efraín y la de Efraín en la chasca de Rita, en ese cabello pesado y duro. Hubiese querido tender la mano y saber si era áspero también. Inhóspito, apartado, como siempre lo sentí. Un cabello para perdurar, en vasijas, en la arena, en un cajón.

Pero me llega entonces el lápiz. Se me aparece cuando escribía, el lápiz, me aparece escribiendo bajo la luz de una ampolleta, en cualquier residencial, cuando la luz mal puesta de las residenciales, que no son para escribir, que son para descansar, cuando la luz formaba la sombra fugitiva del lápiz y yo no sabía cómo escribir, qué iba escribiendo. Pero el lápiz, la punta del lápiz, se junta con la punta de su sombra en el punto exacto del signo que dibujo bajo la lumbre mal puesta de las residenciales, que no fueron construidas para escribir sino para descansar. Ahora descanso. Descanso y escribo sin lápiz, sin luz. La cruz del sur es mi catre. Cuatro puntos amorosos, cuatro esquinas de una hoja, un cuadro para mirar, para aferrarme, para no morir.

Escribo sin lápiz. Dicto las palabras a la pared rocosa. No, no debo perder la concentración dilucidando

si se trata de un geoglifo o de un petroglifo. Solté a Braulio, mi superior, quien me haría esta pregunta. Me separé de mí que intenta responder a las preguntas que Bruno supone le harían Braulio, Bernabé, Bautista o Baldomero. Le dicto a mi teléfono móvil que graba los grabados en el cuaderno de piedra. Escribo, solo escribo, no sé dónde registro lo que escribo, ni sé si soy yo quien dicto o estas palabras me son dictadas por el cebil, por la coca, por aquel brebaje que hicieron entrar en mí los acompañantes que se mueven aquí cerca. La de las crenchas de momia lee unos papeles que son de mí, cuando escribía en hojas. Las deletrea junto al músico, parecen un instrumento entre sus manos, las hacen hablar mis hojas, percute una voz salida de un ritmo que conozco. Van a dar el aire de la madrugada y me dan calor, arropan los huesos que estaba sintiendo duros como el farellón contra el cual amanecí, huesos para arpones y flechas, huesos para la caza, huesos de fábrica antes de hacer una fábrica con lo más evaporado de mis huesos, que es el hálito, el hálito de las palabras. Leen mi lado blando, leen la leche que produzco antes de endurecerse en huesos, en cuernos, en recipiente para que otros beban blandamente en mi sedimento calcificado. Sé que ella no tiene los cabellos muertos ni él la piel pasada por aguas turbias para ser tambor, sé que se llaman con un nombre que ahora olvido, pero

parecen cuerda y cuero, parecen levantar la mañana en esta cuenca de ojo inmenso que se apodera de mí.

No me puse nuevamente en pie, ellos me enderezaron, ellos me tiraron hacia adelante con el compás de la música que llevaban. Juntaron los pedazos míos desperdigados en la quebrada y me empajaron los miembros para que yo caminara y pudiera seguirlos. Lo que yo era y para qué estaba ahí se me había perdido, me remendaba yo mismo con lo que iba sucediendo, los paisajes iban embalsamándose un nuevo cuerpo. No pensé más en Braulio, mis apuntes se volvieron inútiles, pero no podía dejar de escribir. Escribí y escribo sin razón, así como lo que vivo colma el vacío en que me he convertido.

Las aguas, las aguas de Quispe, las cuatro caletas. El horizonte de Quispe como una pampa turquesina atravesada por alas, temblando en la luz que la esparce en todas direcciones. La blanca puntilla fantasmal de Quispe en la bruma de sol y guano, una mole de cuarzo entrada al mar, la curva encandilada de su arco carcomido por las corrientes hasta ser tiza, tiza destellante que es la luz de Quispe rozando los tablones antiguos de las casas, deslizándose bajo la

calamina de los miradores, arrastrándose a ras de las azoteas donde se abrazan y retuercen las brisas de la Cordillera y del Pacífico. La acuarela de las casas de Quispe, salpicada por la espuma, embebida de celeste y sal, disuelta en los remolinos de arena, mientras los techos prolongan la falda canela de las elevadas dunas hasta la rompiente y las olas izan su frenesí en sentido contrario, hacia la Cordillera de Quispe. Quispe, la ciudad donde vive el sol y se derrama sobre nosotros en abanicos resplandecientes.

Rita me ha arrastrado al patio interior, entre las maderas enmohecidas de la mediagua donde acaba la celebración. Hay ropa tendida y olvidada al viento de la noche, alcanzo a sentir el fuerte yodo del aire marino y, luego, la boca cargada de Rita contra mis labios. Una boca llena de lengua, como algas que buscan. Una boca silenciosa, de alguien que no usa palabras, sino ese imán que mueve entre los dientes y entre ella y yo, como un pez a sus anchas. Las manos se me han ido en acariciar sus trenzas, ya revueltas, intentando deshacerlas, dejar escurrir entre los dedos ese cabello tantas veces mirado. Me ayuda ella con gestos rápidos, me deja entender que libera mis manos porque desea ser acariciada. La molicie de Rita me revuelve de tal modo que he apoyado la

espalda contra la protección de una ventana y aferro su cintura para soportar un desmayo que me sube desde los pies de arena, las piernas de arena. Pasea su lengua sobre mis ojos balbuceando algo con calor en la boca y apegando un pecho contra mi torso, guiando mi mano hacia él que está desnudo. Cada cosa, cada carne, cada pedazo encendido de Rita es Rita, me pierdo a mí mismo, aunque sé que la tengo y que es ella a quien recorro con las manos como desesperado. Insiste con la cuenca de mis ojos, entre murmullos dice que son rasgados y lame mi rostro y se frota contra mi miembro como si ese calor que emana de su boca, de su boca cada vez más honda y oscura, me sacara de quicio y me hiciera suyo, sin reserva, enteramente vertido en lo suyo.

Rita me sorprendió con el lápiz en mano.

–¿Llevas diario de vida? –preguntó.

–Bitácora –le contesté.

–¿Coleccionas escritos? ¿Es tu reserva?

No esperó respuesta y, desde entonces, me regalaba sus apuntes. Imitando los primeros papeles míos que había leído en la cuenca del Sao, ahora almacenaba las hojas dispares que ella iba garrapateando.

Ya no sabía cómo leerlos, mi interés se había trastocado. Y sin embargo Rita despertaba en mí, tal vez por costumbre,

la misma necesidad de dilucidarla como un enigma, entenderla escribiendo, entenderla besando, entender su extraña adicción.

Hube de interrogar a Rita. No desde la Oficina ni desde Bruno Alfonso Cuneo Ton, sino desde el hombre besado por ella de aquella forma, entre la ropa tendida, en lo que recuerdo fue la primera caleta de Quispe y tal vez lo siga siendo, caleta y primera y Quispe, en parte y en definitiva, Quispe. Me sentí compelido a hacerlo, pero también lo deseaba. Creo que la deseaba a ella, Rita, aunque fuera en contra de toda mi razón. Y aunque solo importara Dominga. Yo era torpe, pero creo recordar que dijo algo de mis ojos rasgados, algo que la arrimaba a una hondura suya y solo por esa pequeña certeza, de que alguna vez me buscó por esos ojos, tal vez por esa torpeza, ya no sé, estoy rendido de preguntas, se la hice la pregunta. ¿Era Quispe, Quispe? ¿Era ella hija de su madre? ¿Había ocurrido en Quispe lo que su madre le había contado a su padre, Benedicto?

Yo no sabía conversar, estaba buscando palabras que no fueran interrogatorio y estaba evitando palabras que fueran dolor, adivinaba, en el marasmo y el mareo de esas fiestas blancas, que había una pequeña trizadura en Rita, una quebrada que mi oficio me había enseñado a

reconocer. No me importa, ya, que Braulio, quien fue mi superior, diga en esta coyuntura –*coyuntura*, diría él, no *momento*–, de que Braulio dijera en este momento que estoy confundiendo quebrada con quebrada, una geografía con una vida.

Pero Rita fue dadivosa, me evitó la palabra brusca. Ninguno de los dos habló de violación y los dos supimos. Rita dijo que sí y luego que no, que la madre había dicho cierto, pero que no había dicho que ella sí, no le había dicho a Benedicto, al padre de Rita, que ella nunca se salvó de la guerra y que ella también. Y luego Rita no dijo más nada, sino que ella, Rita, no quiso quedar en los Quispes de la madre para el padre y del padre para la madre, y que Quispe era suyo también.

¿Hacia dónde marchábamos y por qué? Íbamos tristes por esas arenas negras. Habíamos cruzado los cementerios abandonados en las playas, escalado unos roqueríos leprosos, evitando las piedras y los picachos con forma de animal que aúlla. Había huido amontonado en varias playuelas. A veces el acopio eran cerros de algas verdinegras y yacían junto a una casucha arrimada al declive de un frontón. De ella se desprendía un humo de hogar, olor a alimentos entre desoladas rocas que solo podían mirar hacia las islas blancas, más adentro. En medio del grito de los guajaches nos izamos luego sobre los acantilados. Las islas, a lo lejos, sabían preservar su blancor, aquí el

guano había sido carcomido por las covaderas, arrancado por las desesperadas manos de los esclavos orientales, aquí, en lo alto de este frontón contra el cual baten las olas. ¿Hacia dónde marchábamos? Tropecé contra una argolla metálica enclavada en la roca. Sabía lo que era. En Topisa, el pueblo de los ojos de mar, Efraín les había soltado la lengua a los habitantes del pantano. Habían hecho relatos para Rita y relatos para mí, para herirnos, instigados por Efraín. Avanzábamos con el peso de las guerras y de las cacerías en el sexo. Hija de Savina, hija de mujer violada. Caminábamos con el peso de las cadenas en los pies. Hijo de esclavo. Hijo de Ton, Ton en la piel. ¿Hacia dónde nos conducía Efraín?

Ojo líquido
(2011)



Todo es bajo en aquel río visto en la pantalla*, vasto hacia los costados, de dispersos brazos que serpentean entre la vegetación rala, sin borde, sin límite: piedras, arena, maleza. Corre en una dirección, pero lo hace también hacia los flancos, se bifurca en aparentes acequias, traza el suelo.

La tierra habitada parece una extensa ribera, pero como toda orilla lo es, se vuelve su contrario, una franja, isla entre no se sabe qué, territorio estrechado por las aguas, orilla única asomada a algo que no se percibe.

Es la lentitud del habla desarticulada de la vieja apoyada contra nada, de espaldas a un paisaje detrás del cual se adivina la ciudad. La vieja se asienta en lo que quizás es un patio armado con sillas de madera empajada, latas, tablones y vino, en el pequeño alto de un desnivel sobre esos suelos difuminados donde profiere palabras arrítmicas, a destiempo. Escupe su soliloquio a un otro fantasmal.

* Se trata de las primeras escenas de la película *El pejesapo* de José Luis Sepúlveda (Chile, 2007). [Nota de la autora]

Cuerpos hundidos en la ciudad, rescatados en este fuera de tiempo. La vieja le da la espalda a todo, porque esa pequeña altura de la tierra que habita, esa terraza natural, no es para mirar, sino un respaldo para su silla y dejar atrás.

Escribo porque desperté en una escritura que me enciende. La llamo escritura y ni siquiera tiene palabras, tampoco me ha pertenecido. Se trata de hojas sueltas y se hace difícil volverlas a juntar, arman una comprensión alguna vez conocida. Pudo ser escrita ya, un borrador que da vueltas en un recuerdo que tiene lugar por el sueño.

No sé escribir. Hago jardines. Conozco muchos nombres y los verbos que van de uno a otro, verbos de esfuerzo y otros que activan solos su movimiento. Pero las palabras, las palabras me han hecho tropezar, no están hechas de tierra. Pueden acabarse.

Estuve largo tiempo salivando palabras en la boca. Estuve buscando sus formas, las busqué en un ángulo chueco que hay en el espacio, escribo porque no las encontré.

Cuando no escribo, al dejar de escribir –blanco en el blanco de los cuadernos–, las cosas, como animales, me tiran de la ropa, me rasguñan. Dicen que hay páginas por todos lados, hojas, de naturaleza o tachadura, que

hay superficie. Lllaman mi atención en su no decir. Ni las cosas ni yo algo dice.

No es el paño amarrado a la mandíbula. Tampoco la venda en que transpira una mirada.

La naturaleza da vuelta la saliva en su cuenca y la naturaleza es yo silenciosa. Ni siquiera atenta como lo es la naturaleza feroz, no, carente de ritmo y los dientes atrás: no lee.

Habría que arriesgar la palabra *naturaleza* y abrir el campo minado de esta noción a propósito de una ciudad, aquí, de una ciudad latinoamericana. ¿No hay siempre un modo particular y propio de cada ciudad de *hacerle la basta* a la naturaleza que es suya? ¿No se «excribe»^{*} esta a través de los cuerpos que la habitaron, que la habitan, que la están habitando? ¿No hay algo de esa excritura que nos llega por la permeabilidad que somos –gestos discontinuos, cuerpos, palabras, expuestos a todas las sombras que se abaten, no sobre la ciudad, *en* la ciudad?

* Cuando *Este jardín* –proyecto de texto abandonado– se buscaba a sí mismo en difíciles palabras, y luego de leer *Corpus* de Jean-Luc Nancy, hallé una cita suelta del autor en Internet que me devolvió a las imágenes: «Lo excrito es el jardín». [Nota de la autora]

¿Son oscuros los jardines?

Este jardín no lo sabe. Dispuesto en la parte trasera de la casa, que pocos notan. No por ser naturaleza, que no es, sino dada su ubicación, detrás de todo.

Tampoco es cosa de alguien, que hubiese una voluntad de levantar, de esclarecer un jardín, de lanzar algún diseño por sobre aquel pedazo de tierra y de imaginar en su aire las plantaciones ya crecidas, su tumulto verde, las arabescas que forman ramas y hojas en el volumen que ocupan entre la casa y las panderetas que deslindan con la vecindad. No, han de haber crecido las criaturas una por una, enredadas, haciéndose hueco, formando formas lentamente, corregido como un libro sin autor.

Los jardines permiten verificar la ignorancia de los mapas, la planta de las plantas no conduce a este feliz desorden ni al modo en que sostienen el cielo estas matas enmarañadas, cada curvatura y sus vaivenes, una trama en cada arbusto y otra trama entre arbustos, entre ellos y el parrón, entre el parrón y la parra.

De un paisaje hace imagen el capital, excursiones para cuerpos crecidos en el deseo de «ampliación» (los mismos que abren sofocados las ventanas en el Metro y se llaman entre sí por diminutivos, sobrenombres de allegados que les quedaron adheridos a la espalda, en la caza de las casas).

De un paisaje hace nombres que rotulan el cemento y el ladrillo el capital inmobiliario, «para vivirlo por dentro»^{*}.

De la memoria hace ahora imagen el capital, excursión al relato vidriado de otros –mineros del carbón, víctimas, desaparecidos, pueblos desalojados y pueblos «pintorescos»–, fijo el relato en una distancia que la propia imagen construye.

De una imagen fotográfica, paisaje o retrato de familia, hacen la fachada publicitaria –su arquitectura– las estaciones de servicio, las cadenas de farmacias.

Solo las imágenes radiográficas, ultrasonográficas, tomográficas permanecen mudas, silencian los cuerpos con el vasto sobre de papel bajo el brazo. A ratos esta imagen, cuando un cuerpo expectante se inmoviliza, emerge en pantalla con su revoltura como intenso movimiento de tierras.

Es azul el espectro que proyecta el televisor encendido por las ventanas, azulosa la línea de luz que escapa por el dintel de las puertas en los apartamentos y las casas del Pasaje. El halo cobalto envuelve cada objeto en esos cuartos volviéndolos parte de la pantalla, la pantalla vertida en el espacio como naturaleza muerta.

* Eslogan de una pancarta para la venta de departamentos en Providencia, Santiago. [Nota de la autora]

Una resaca prolonga los cuerpos en el cristal líquido cuando son activados por el ansia de manos y ojos, el imán de la memoria digital acopla sus antenas de insecto transparente a la no transparencia del deseo, pantallas dentro de pantallas, pieles envueltas en piel que la mirada toca.

En salas de espera, cafeterías, estaciones de Metro y camas, un biombo, ojo que no se apaga y vuelca su insomnio azuloso a la ciudad de perfil.

Si fuese solo la tierra que tiembla no se desplazarían los muebles en la memoria. Cuando un beso, acodados a esa mesa de su departamento, queda corrida en la imagen esa mesa hasta el umbral del cuarto vecino, inmensa en todo aquello que abarcaba antes que dejáramos nuestro asiento. Nada había sido empujado sino la fuerza que imprime el cuerpo a las superficies donde desmaya.

Escribo para anonimato en un suelo promiscuo.

Su jardín es un trozo de América, la ciudad también lo es. Pero en cada lote, predio o manzana, en cada patio, más aún en cada ventana, balcón, terraza o azotea se asoma distintamente el pedazo de cielo que le corresponde.

Todo se encuentra desencajado salvo el parrón, puede ser visto desde cualquier perspectiva, incluso la

foto satelital da con él, allá, en las coordenadas de su domicilio, un patio de América, la manzana de casas vistas desde el aire y en su achatada planta un diminuto cuadrado de bordes irregulares (es verano y las hojas de parra difuminan la figura geométrica). Desde este jardín suyo hay varios cielos bajo el parrón y las nubes han sido rastrilladas en lo alto. Del cielo cuelgan unos pájaros, oscilan entre un árbol y otro que los catapulta hacia diversas ramas, en diagonal o en picada hacia el suelo, hacia los aires.

Tal vez se ha instalado un secreto entre esa naturaleza y ella, la naturaleza de la copa de los árboles que circundan desde otros patios este jardín (las hojas por ser barridas provocan pleitos entre uno y otro lado de las panderetas), la recortada copa contra lo alto cuya nitidez eleva vertiginosamente y de azul el cielo.

Quiebra ahora el tallo de los cardenales allí donde la flor se ha vuelto pelusa incolora e introduce la mano en la hiedra para agitar las hojas caducas que asoman desde el fondo oscuro de la frondosa cortina jaspeada. Se desprenden, tíasas en su consistencia de barquillo, y caen. El sol termina de triturar su tiempo que está acabado. La parra busca aferrarse a la palmera y la flor de la pluma al jacarandá. Lanzan sus dóciles lianas y cortejan primero

el espacio que las circunda, con volutas aparentemente erráticas, como escarmenando el aire.

Acompañan el tiempo ancho de principios de los años setenta los extemporáneos fosos de la construcción del Metro en la Alameda. Esa Alameda multitudinaria surge en la memoria flanqueada por las excavaciones a medio hacer que agujereaban el presente con un lejano horizonte tecnológico. Tierra dada vuelta, zanjas a medio cubrir con materiales precarios –tablones, láminas de metal, rejillas, es el encatrado que recuerdo– obstaculizan la circulación de buses, vehículos y peatones, sobre todo en los paraderos. Aunque esa tierra revuelta deviene paisaje y su polvo es el aire de entonces que vuelve porosa la ciudad en su avenida principal.

Fue después del Golpe y la desertificación de las calles que esos agujeros en la Alameda hicieron manifiesto su ánimo de trincheras, su polvareda. Como si las fotografías (no tomadas) estuvieran recubiertas y el relato mismo de ese tiempo hubiese sido taladrado en su continuidad, dificultando la evocación de la masa que fuimos.

Circulaban dos rumores (no logro disociarlos): cadáveres de obreros lanzados a esas zanjas y luego recubiertos de

tierra, obreros introducidos vivos en el orificio de las enormes betoneras de los camiones Ready Mix, signo de las tecnologías de punta circundando la ciudad y puntuándola, aquí y allá. Estos rumores, antes de corroborar la instalación del terror, hacen corresponder aquello que fue sepultado para hacer viable la línea 1 del Metro junto al modelo de desarrollo que la acompañó.

Es desolado el polvo que arroja una ciudad desde sus obras de ingeniería como único acontecimiento público.

Las manifestaciones en la Alameda habían sido acompañadas por el polvo que levantan las multitudes al desplazarse. La celebración del triunfo del «No» para el plebiscito de 1988 hizo posible esta remembranza del polvo que producen cuerpos estremecidos y en marcha.

Acaso porque pisotea el polvo del miedo, la reciente marejada del movimiento de estudiantes conecta el Metro con la superficie, los cuerpos con las calles.

La calladura que se vive es de las palabras. El ojo debe abrazar el pálido campo de las luminarias excesivas (nueva sombra que cae sobre la mirada). Las palabras no calan lo que está en curso, rebotan aún en las imágenes-tragaluz.

La ventolera en el Pasaje, dice una mujer, es provocada por el intenso tráfico de buses en la calle vecina.

Comuneros, condominios, comités, concentración, consorcios, convenios, condonación, concesión, comodato. Las palabras se diluyen en un tiempo sin tregua, no se explican a sí mismas, se dejan caer.

Yo es se.

Un hombre del Pasaje comenta al podar la parra que así, así como la liana de la flor de la pluma se ha trenzado en torno a la guía de la parra, ciñéndola (o agarrotándola), suprimían lentamente a sus enemigos los indígenas. La palabra no llevaba tilde, ahogaba el sentido de indígenas bajo el vocablo indigentes.

Se me trenzan las letras como titulares nunca vistos en periódicos y kioscos, son letras quedadas en patios traseros, las letras de la queda, de los sucesivos toques de queda. (Aguas hervidas, aguas servidas). Lengua enmarañada que lo lee todo, a ras de los tiempos desplegados, en su irregularidad. Por las páginas en sesgo.

Ese silabario amo, yo es se.

Apenas del otro lado del muro escucho (se escucha) el traqueteo del triciclo de los cartoneros cerca de medianoche,

luego el roce al juntar un cartón con otro o al abrir una bolsa plástica, los gestos silenciosos mientras cargan y reinician el impulso de la cadena metálica con el rechino del engranaje y la suave aceleración de las ruedas de goma sobre el pavimento. Pedazos de conversación nocturna pasan por la ventana, son jóvenes, sus pisadas no hacen ruido y hablan rápido, expectantes. De día, la calle avanza hasta la mitad del pasillo de la casa.

El jardín es una bóveda que le presta horizonte al cielo, sin arriba y abajo puede el ojo reparar en las franjas ladeadas que esbozan el espacio en otros paños.

Un pequeño vocablo –lucro– excava en estos días los cimientos de un silencio cuyas napas parecían encriptadas «hasta la desesperación». El cuerpo del vocablo deja a la vista las diferentes abstracciones y sustracciones hechas en su nombre a la carne de los hechos.

En el recinto cerrado de Estación Mapocho –torre urbana horizontal– la Feria del Libro fue relegando a los habitantes de *El río* de Gómez Morel que hacían del subsuelo de los puentes su otra ciudad y del coa su pasadizo en la lengua.

No son herméticas las escrituras. Es la mercancía que se sella.

Sí, escarba para leer aquello que ya fue inscrito sin estar grabado en superficie alguna, trazas de tiempo entramado y sin signos, materia sobre materia que parece amontonada.

Por único orden hacerse valla, como es valla la página.

De la casa los cuerpos, las materias, se amalgaman en torno a algo para permanecer. Viga, pie derecho, alambre, rejilla.

Ni una semilla caída, porque es ella quien se prende de la tierra y no el suelo que se ata a ella.

El jardín es, en sí, un jardín: algo que está alrededor, a un costado o detrás de lo que hay (sin habitación –edificio, casa, rancho, casucha, cuchitril– sería campo o parque, jardín botánico, ladera de río). Algo ensortijado de los sitios baldíos de Santiago los asemeja a la zarzamora en el borde de predios y caminos.

De cada fronda extrae aire y la mano también se hace hoja de nervaduras. En la hoja se guarece el verde, un pequeño y verde programa pliega el crecimiento. Lee un libro que desmenuza la arquitectura de los árboles.

Bolones bajo la tierra de los patios, bajo calles y avenidas, piedras redondeadas por remotos cursos de agua en estos terrenos aluvionales que paleamos para hacer la taza

a un árbol, que palean los trabajadores de las diversa compañías de servicios.

Bolones.

Se hallan luego vueltos materiales para marcar el límite de una vereda o los senderos de un jardín, ornar o sostener la base de bancos públicos de cemento. Para levantar un murillo (pintados de blanco los bolones), una gruta (de celeste los bolones), una defensa (verdes los bolones de las comisarías).

Entre tierra y bolones deben haber sido encontrados el año 2003 los restos de sepulturas humanas del cementerio prehispánico con que tropezaron las obras de remodelación del colegio Lenka Franulic en la calle Clorinda Willshaw en La Reina.

La oscuridad de los jardines tiene parecido con el sombreado interior de los muslos, la misma lividez. Ese arco nada remeda ni imita, su curvatura se tensa en la extensión por donde puede abrirse y rajar las palabras, rajarse en ellas, extraviar el orden, el norte y todo lo que fue nombrado por naturaleza, todo nombre.

Parecen faldas esa oscuridad, esos arbustos, vestimenta que ensaya pliegues, dobladillos para entretener su desnudez en ese denso y umbrío espacio resguardado de nada.

Esta rara cercanía con las plantas, este modo de ver, irrumpe por dejación. Tal vez expectativa. Pequeñas palabras van colgando en el bolsillo con la gravedad hacia el suelo, las retiene la costura del bolsillo, la mano en el bolsillo, como bolitas usadas entonces por los niños del Pasaje y por su hijo, palabras no redondas, sino sin costados, resbalan de tomar y son más de lo que son, palabras para recostarse y observarlas desde el suelo, palabras huevo, holgadas, vastas. Ahora remueve la tierra húmeda en el patio y encuentra un destello transparente, una esfera. Parece canica (la palabra que custodiaba en el bolsillo del pantalón), parece un ojo lúbrico e inmóvil esperando mirar entre las tierras oscuras. Parece un olvido de la infancia, un juego enterrado por el tiempo, removido una y otra vez entre las raíces y finalmente quieto. Pero no es canica. En el patio de su casa hay gusanos de luz, ojos que se desarman al tocarlos. Se abren como animales y se mueven.

El contagio
(1997)



Hogar en fuego

—Come, por favor.

Estaba sentado en el sillón, erguido y tieso como un enfermo, haciendo caso omiso del respaldo.

—Traga esta última cucharada.

Él miraba en forma oblicua por la ventana, hacia abajo. Lo intrigaba el movimiento desordenado de los vecinos en el ir y venir sobre la pasarela, aquella que colgaba por encima de la vía férrea. Los trenes no corrían a esa hora. Cuando los paseantes desolaban esa pequeña explanada, volvía a alzar levemente la nuca, siempre de espaldas al plato, y con la misma rigidez insegura recorría con la vista los edificios vacíos, muertos de gestos a lo lejos.

Yo no podía robarle aquellas instantáneas. El plato me colgaba de los brazos, se me caía adentro de la ciudad.

—La última, ten.

Si yo mantuviera el silencio, nos despeñaríamos ambos por el mismo pozo de altura, iríamos a dar al recuerdo. Aplastados abajo, sin presente ni palabras.

Tú sabes que todo eso ya sucedió (aunque aún no termina) y desde entonces me he desplazado. Le tendí muchas veces aquella cucharada, pero no logré alimentar su sobrevida.

Entonces viajé.

No se puede trafagar aguas arriba de una imagen, disolverla. Sólo desperdigarla por las esquinas, repartirla en cuatro rincones apartados que precipiten así su volumen contra el mundo.

Nunca más preparé de comer.
Te hago este relato por deshacerme.

Algunos trasbocan, otros hablan. Yo he intentando macerar la leche vertida.

El fuego del hogar

Trabajo para el horno de este recinto, el Pedro Redentor. Estoy en el sótano, con las calderas.

Soy nutriente de nuestra galera, el más imponente de los hospitales públicos. Soy una mano, dedos que moldean el bolo alimenticio y lo echan a rodar por los corredores del pontón.

Arriba manipulan el recetario, en el subsuelo manoseamos las recetas.

Allí vamos a las sobras. Somos el resto de cuanto no cupo en el titánico dispensario, aquello que está a los pies, detrás del escenario de silenciosos y blandos cuidados. Convivimos en esta semipenumbra con los balones de oxígeno vacíos, en el hall de distribución que antecede a la cocina. Al igual que nosotras, esperan allí su turno para subir a alimentar. Redondos y tercos, parecen artefactos malogrados que disimulan un afán, el alma de pulmón que sólo van a lucir en los pisos superiores.

Odio ser parte de este ejército de blancos delantales, de esta congregación forzada a hacerle votos a la limpieza, siempre inclinada sobre otros, ofreciendo una preparación que les debe procurar salvamento.

En cuanto puedo me alejo del montón, porque allí, apelotonadas a la hora de colación, somos una coliflor humana. Nuestros rostros, marcados por la vida de cada una y por la falta de luz en los subterráneos, asoman de los albos gorros que ciñen las cabezas desde la raíz del cabello hacia atrás, provocando una grotesca deformidad. Ningún defecto escapa a esa implacable franqueza capital, nuestros rasgos accidentados quedan al desnudo. Me molesta la humillación a la que somos sometidas en esta despojada presentación de nuestro aspecto. Para reponerse, el enjambre se pinta un segundo retrato sobre la piel.

Alucinadas por la fragancia que desprende la cosmetiquera, las alimentadoras trajinamos en el rosa de la base facial, en las sombras para párpados lila y turquí, en el lápiz labial de la gama granate que hace juego con el esmalte descascarado en las uñas. Estiramos o languidecemos los ojos con el delineador, combamos melancólicamente las pestañas con la cuchara, arqueamos las cejas, fingimos rubor con el colorete de los pómulos, palidez con los polvos en la sien. El perfume de los pigmentos nos distrae del aire fermentado en el subsuelo, y en los pisos de arriba, por sobre todo, espanta los efluvios de cocina que corrompen nuestro servicio.

No celebramos la comida. Es la rutina, el elemento de nuestras pegajosas relaciones. Ninguna de nosotras está a gusto en el Pedro Redentor, todas quisiéramos estar más allá, y ese otro lugar es el plato de fondo de todos nuestros intercambios, del modo en que nos medimos y nos custodiamos. Lo que nos ponemos en la boca es el acompañamiento, siempre desabrido, de un gran menú diario sin sorpresas ni sobresaltos.

Cuando ocurre algo que rompe la monotonía nos abalanzamos sobre ese agregado, lo condimentamos hasta la saciedad.

Desde un comienzo fijé mi preferencia en los resucitados, me gusta escuchar sus relatos y atenderlos. Hablan de aquello que afuera se calla. Demorando aquí se aprende lo rápido que ocurre la vida en la calle. Nos llegan los sedimentos de esa velocidad. El dolor que les fue extraído quirúrgicamente es lo que no habían conseguido amoldar en sus propias palabras. Por ello los sobrevivientes despiertan en la fuga y el frenesí del decir, en la mañana de los signos. De ellos aprendí a hablar. Al borde de sus lechos sujeto el pesante bol de la *sopa de letras*.

Pierdo mi cicatriz al ingresar en las mañanas al Redentor.

El doctor Luciano oficia de príncipe en el Cuarto. El personal revolotea en torno a él sin tocarlo. A mí no me importa, tenemos cita después.

Su aliento queda entretanto suspendido en el servicio, flota en mi boca la prueba de su saliva.

Empujo el carrito con las seis bandejas de comida por los pasillos, con esa reserva y el aroma de aquel sudor en el revés del delantal, envuelta en su estela.

El doctor Luciano sabe cambiar las cosas de lugar: con él nos transplantamos, dejamos de ser lo que somos. Junto a Luciano no hay cicatriz, puedo volverme actriz de mi desgarró.

Lo observé detenidamente ayer, entreabriendo la puerta de la 83. No tiene edad ni marcas precisas. Más allá del estrago de su dolencia, las facciones se encuentran bórroneadas. Como alguien a quien la expresión se le hubiese escurrido a medida que lavaban su rostro, que alguien se lo acariciaba. Endeble es la máscara suya. Se esfuma dócilmente, o escapa hacia adentro, donde no se la puede ir a buscar.

Lo siento tan denso como ausente. Su silencio, su fijeza, tienen forma de insulto.

Dicen que el hombre de la 83 es fotógrafo, y se llama Elías.

La mejor presa

Sintió que los ojos y la garganta, dijo, la yema de sus dedos, eran recubiertos de manera violenta por una nata transparente que detenía el movimiento.

Luego fue alcanzada su palpitación, y con ella el ruido. Inmediatamente el blanco reinó sobre todo, y fue demasiado tarde para decir.

No lograba ver, había extraviado el orificio por donde pudiese percibir. Su cuerpo entero era una antena, las emociones se agolpaban en cada extremidad. Sus límites eran apenas membrana.

Estaba el níspero que había plantado en un lugar sin tiempo, en una calle sin nombre, cuyo crecimiento distinguía con una quieta conmoción. Algo había sucedido, aquella sequía, aquel derrame sin humedad. Porque llevaba adherida esa carretera entre las arboledas, en el sol duro y definitivo de verano, echado en el asiento del bus que aprovechaba la soledad del paisaje para acelerar su carrera. Su indolencia era feliz en la disolución de las sombras contra el pavimento mientras comía un paquete de galletas en desfavor de la velocidad. Y aquella luz aún le despertaba cosquillas en la

cavidad de lo que habían sido sus pulmones, pero su risa era un estanque desaguado.

Yo, Laura, fui inventada por el deseo de él.

Me encuentro en el cautiverio de su imagen, sin voz que traspase este límite de fijación.

Yo, Laura, me hallo atrapada en la celda N° 74 del Correccional de Mujeres, sin pruebas fehacientes, matando el tiempo que requiere un trámite cuyo sentido me escapa.

Yo, Laura, soy presa de un abandono de atención que aún no logro ubicar en el tiempo. Tal vez este paréntesis narcótico, el rapto inesperado que me sustrae de un cotidiano tampoco elegido por mí sea propicio para entender.

Elías me conoció bajo otro nombre. Le dio permiso para jugar a la mentira, para hacernos creer elegidos, yo debía ser aquella inalcanzable; él, guerrero, blindado bandido.

Puede ser que me amó, puede que no haya sido así: ambas posibilidades son simultáneas en la precisión, conforman una asimetría que nos empeñamos en hacer aún más perfectible: los juegos mortales no tienen fin unívoco. Mas yo deseaba por sobre todo ser conocida.

Su desaparición me facilita evocarlo con rodeos. De estar en pie aún, mi violencia no podría ser menguada.

Lo dejé con su plato frío. No tuve oportunidad de recogerlo más tarde, la señora Lea dispuso que reemplazara a Lucía en Maternidad. Durante la semana tuve que asistir a las matronas en la dieta de amamantamiento. En ese servicio no preguntan por el apetito de las pacientes, sólo preocupa el calostro. Las parteras me tuvieron sin descanso en el ascensor, llevando y trayendo recados para el cocimiento del puchero, la preparación de los refrescos y las golosinas que deben bajar, subir, volver amables la consistencia y el olor de la leche.

Dejamos las tazas en el mesón, intercambiando algunas bromas con Linda, la de la loza. El servicio por la mañana se pone en marcha con bondad y tibieza. Las horas nos van erosionando hasta que nadie se encuentre cómodo en su posición. Cuando podríamos empezar a beber en el cráneo del otro, el tiempo marca el fin de la jornada y todos los ínfimos gestos que tejemos entre unos y otros para expulsarnos, mientras sonreímos melosamente, vuelven a distenderse.

Era jueves. Esperé a Luciano como de costumbre a cinco cuadras del Redentor, caminando por la vereda de Poniente a Oriente, con paso lento y despreocupado. Él decía que

le copiaba este método a sus enemigos. Cuando pasaba en su Datsun blanco, frenaba su marcha para recogerme, abría la puerta riendo y mientras aceleraba hacía correr su mano por los huecos de mi cuerpo al amparo del tablero, y me repetía siempre que yo haría muy bien ese papel, el de los adversarios.

Posta

Lavaba los platos en silencio. Mientras las manos se desplazaban con descuido y maestría entre la lavaza y el aparador, pegaba la cabeza al escote y me dejaba absorber por las gotas perladas de sudor que iban formándose entre mis pechos. Me encontraba solitaria en la tarea, había apagado el transistor de la cocina y percibía de pronto, como una marejada, el tintineo creciente y ensordecedor de la loza y el servicio entrechocando sobre el secador de aluminio. Tal vez se hubiera recalentado la cocina y los vapores de agua me habían empañado la cabeza. Sentí que los platos estaban siendo golpeados, lenta y metódicamente, hasta formar un concierto de quejidos que gritaban en mi oreja. Cerré los ojos.

Como campanadas en los tímpanos, estrellándose en el centro del cráneo, escuché el ruido sordo de aquel paquete de posta forzado a deslizarse por la pendiente blanca del lavatorio, hacia el escurridero. Se le iba a alguien la vida. Caía con un seco chapoteo el cadáver envuelto que se lanzaba al mar. Era un portazo bajo el agua. El último chasquido de la lengua que se lubrica antes de escupir, antes de callar.

Entré en la pieza 83 alertada por ese ruido extraño que me habitó la tarde entera, y lo vi por primera vez volcado, en plena incapacidad. Parecía una estatua destituida, decapitada por la furia ciega de algún movimiento insurreccional. No, el olvido era más profundo. Pendía su honor por la cuneta del suelo, alguien había precipitado inadvertidamente su busto, rozándolo apenas, con un gesto desdeñoso, carente de fuerza.

Retrocedí.

Me sentí haciendo frente al insecto humano de *La metamorfosis*, no quise ver sus pies pataleando hacia el techo, el peso de su caparazón hundido en la cama, espantándose hacia abajo.

Me humilló su impotencia, se revolcaron en mí los lastres que vivo.

–Me soñé vuelto una figura en miga de pan –comenzó a murmurar–. Soñé que me manoseaban hasta darme forma. Me molían y moldeaban en la palma de una mano, me trituraban. Mi columna iba dejando lentamente de existir, sin embargo el dolor se sujetaba a ella, a la ausencia de espina dorsal, a un hilo invisible que me había mantenido antes ensamblado. Sentí esfumada mi matriz, me viví desmoldado, fuera de lugar. Inútil.

Transpiraba gruesos goterones, un olor agrio se había apoderado del cuarto.

No lo interrumpí. Hablaba de corrido, hipnotizado por sus propias palabras. A la cólera había sucedido una tristeza en su relato que me hacía retener el aliento.

–Soñé que alguien me empuñaba por descuido, como una miga en abandono sobre el mantel de la sobremesa, y hacía de mí su antojo. Yo sólo era material para una ansiedad ajena, carne de su celo. Hecho plasticina, arcilla, goma, yo calmaba el ritmo alborotado de ese pulso, entretenía su angustia, la difería. Conmigo tachaba otras formas, al borrar me barría algo más.

–Agréguele maicena –dijo a modo de instrucción la señora Lea–. ¿Por qué se le olvida siempre la maicena?

Ahí estaba ella con su traje de dos piezas, el escote profundo de la blusa perdonado por el buen corte de la chaqueta, por la combinación con los zapatos, tacos aguja color malva. Ahí estaba la dietista insistiendo, una vez más, para que espesáramos la comida.

—¿Confundió el Redentor con un hotel? —el comentario fue hiriente, me llegó mal—. ¿Cómo se le ocurre preparar los platos sin hacerlos cundir?

Hasta que ponía nuevamente el cariño suyo en ningunearnos.

—Ponte un poco de base, Luisa —le dijo—. Una porcionera no puede tener tan mal cutis.

—Apolonia, se te caen las mechas tiesas fuera del gorro. Usa pinches más gruesos si es necesario. No estamos en un restorán, ni estás detrás del mesón de un bar. —Se le había escapado otra vez este tipo de comentario. Lo pensó, nerviosa, y fue explicando—: Ustedes están detrás de la comida, no son promotoras —subrayó el *detrás* y pareció que no iba a poder salir de esta palabra, como presa de un leve desmayo—. La Empresa —éramos subcontratadas por el hospital— ofrece servicios y no presentación, representación —me miró nuevamente—. No se trata de clientes. Son pacientes los que atendemos.

Extrañamente no se movió mientras desarrollaba esta idea, imantada por sus palabras, como repitiéndose a ella misma la lección. Luego apretó un labio contra otro, para asegurarse de que el rouge se encontraba bien repartido por la boca, y se agitó nuevamente, corriendo con gestos frenéticos de su fichero a las ollas y los fondos, de ahí al mesón, del mesón a la bodega, sonriéndole a los hombres que cruzaba.

–Tienes sueltas las pantys en la rodillera –le dijo a la Loreto–. Si te quedan grandes ponte el calzón por encima, para sujetarlas.

–Se te corrió el rimmel con la cebolla, Lucía.

Poseía el don del reparo meticuloso y cotidiano para cada una. De tal manera que nos cocinábamos nosotras también, en aquel sótano, antes de subir al mundo con nuestros platos. Pasado ese piso de la preparación nos esperaba el roce, más arriba. Debíamos aderezarnos para no ser llamativas, para confundirnos con la colación. Con los ascensores y los muros.

No sé decir que no.

*Por eso me mantuve junto a Elías, en su turbia sombra,
en el mañoso manoseo que hacía de mí.*

Desde el primer instante, desde la encerrona de este extraño en los baños de la Fuente de Soda que hacía de posta para nuestras misiones, besándome sin respuesta esperada. Desde ahí la evocación reiterada del aniquilamiento que produce en mí la fuerza ajena, desde aquella vez que no pude. Desde entonces se me caen los brazos, soy arrastrada por aquello que sostiene mi nonedad.

Aquí estoy en el Correccional, impedida de contacto, en descanso.

No pude antes elevar zanjas que deslindaran lo mío del resto, me hallo bien, en remanso. Me alivia esta sobriedad, más sufrible que aquella fábula cotidiana, nuestra invención de amor.

No tengo nada que decir. Por una vez, mi no es rotundo.

Auto-bomba desean hacer de mí. Desconocen cómo me inclino hacia la implosión, el pozo que transborda mi silencio, sus atajos, su compañía.

Los recogí muchas veces destrozados, a mis medio hermanos. Colgando de mis brazos a buscar a una vecina y luego a la Posta. No le tuve nunca miedo a los hospitales. Sólo a mi madre. Llegaba, tras el llamado de la vecina, con el rostro atravesado, descargando su pavura en mí.

Esa rabia trémula, incisiva, me dejaba mal. Mis heridas no las pude mostrar a nadie. Yo misma las olvidaba por entendimiento. Comprendía los contrabandos de mi madre, llevando y trayendo cosas de aquí para allá, intentando ser más feliz. Habíamos hecho cosas juntas, en ocasiones, cuando se sosegaba. La había ayudado en la confección de su estandarte, cuando pertenecía a la textil. Juntas habíamos bordado, con sus propios cabellos, la máquina de coser que figuraba como emblema. Era la bandera de su organización, callejeó mucho en ese tiempo.

Yo siempre tuve pesadillas. Sacaba a mis hermanos de los escombros, juntando sus pedazos para llevarlos a la Urgencia. Iban hechos jirones, apretados contra mi pecho, y debía coserlos de nuevo. Me los llevaba a cuestras, tenía que atravesar un desierto cuya línea de horizonte retrocedía, interminable, con mis pasos.

Soñaba que deberíamos separarnos, porque estábamos de estorbo. Éramos muchos para lo que dejaba mi madre, para lo que le daba el conviviente. Ella ganaba poco pero tenía que lucir bien, mientras a nosotros nos quedaba tirante la ropa.

Soñaba que era la guerra. Frente a un campo calcinado —en el fondo ardía la hoguera de los combates, había que decidirse en medio del escarlata encendido que deformaba nuestras facciones— éramos repartidos los hermanos mientras nos deseábamos buena suerte con la mirada,

mudos de cuerpo. Mi hermano, el único, partía en una moto Vespa con su padre. Instalado en el asiento trasero, aferrándose a la cintura del conductor y sin dar vuelta la cara, se perdía en un camino de tierra que cortaba un potrero. La hermana que yo cacheteaba tanto quería irse con nosotras, con mi madre, la guagua y yo –yo iba con ellas para cuidar de la pequeña– pero se la llevaba una tía. La guerra era para que creyéramos, nos apuráramos en crecer. Lo sabíamos y eso nos hacía llorar.

Cuando tenía estos sueños, le daba para las golosinas a mi hermana y yo hacía el trabajo completo en la casa ese día. Los dejaba derrochar su tiempo afuera jugando. Les preparaba un caldo de huesos, para que tuvieran más fuerzas. Me paseaba por el dial de la radio, escuchando las melodías favoritas, y ponía el aparato a fondo, para no atender mis quejas. Me colocaba el rouge de mi madre.

Escarbo de nuevo en mis bolsillos, en la billetera.

Sé que registraron ya todos los huecos –desapareció el boleto de micro donde había yo anotado un punto de contacto ya vencido– y restituyeron cada papel, cada pieza, con su doblez y desgaste, en el mismo lugar. Mas al manosearlo todo de nuevo siento que esto que reconstituyeron es una naturaleza muerta entre mis manos. Dejaron de serme familiares estos pedazos, como si tuviesen adherida una

contaminación que me asquea. Enviaron mi mirada. Por esto los toco, los cambio de sitio, imprimiéndoles nuevamente una historia.

Mi esperanza es el tiempo, volver en mí por el uso reiterado de lo mío. Cuando siento que lo estoy logrando me aquieto, olvido la dirección en la cual recorro la celda, no vigilo mis gestos ni me veo obligada a duplicar, a alternar, a insistir. Me suelto del mapa y cedo al extravío de este ínfimo e infinito lugar.

Lo agridulce

Yo quería irme, viajar.

Deseaba estar en las Salitreras, caminando entre el óxido de su maquinaria detenida y la burbuja abstracta, encallada, de sus edificios vueltos varaderos del encaje en el desierto.

Necesitaba estar allá. En el espejismo aturdido de la piscina vacía, de la tumba intacta. En el desierto florido y la corrosión del metal. En la estela transparente de las diligencias que habían cesado su carrera. En la fosa común donde habían ido a dar los millares de gestos

necesarios, y por esto imperfectos, y por ello perfectos, en su laborioso afán por construir, ensamblar, contener.

Elías surgió de una de las cabinas con expresión vacilante pero serena y nos encaminamos con alivio hacia el Cuarto.

En cuanto me hube apaciguado, al fondo del corredor, y cuando pulsaba el botón para llamar el ascensor, dijo sin mirarme:

—¿No conoce ningún lugar en que podamos perdernos por un rato?

Le contesté como autómatas, con los ojos fijos hacia adelante, arrastrándolo en la dirección que yo indicaba:

—La covacha del aseo —agregué—: Tengo la llave.

Quedamos de tal manera colocados que él parecía arrodillado contra mi cintura y desde ahí cogía mi cabeza, lamiendo mis sienes y luego la raíz del cabello. Me alivié yo misma del gorro, mezclando todo con los enseres del cuartucho. Por encima del desinfectante y la cera, detrás del cloro y el amoníaco del producto para los vidrios, palpé un extraño olor que emanaba de él, de su apuro, del pijama desabrochado para pegar su pecho a mi delantal, sin pedir casi nada.

No quité los ojos de esa luz amacigada, de un mismo dorado que aquella en el corredor, filtrándose

por la claraboya en lo alto. Sentí que él me evitaba por todos lados.

Hice correr el cierre de mi delantal por delante y deslizando los tirantes de mi enagua quedé desnuda hasta la cintura. Le dije en voz baja:

–Úseme.

Interrumpió bruscamente el abrazo que había esbozado y me miró de frente. Todo en él era turbio, oscuro, contrario a la emanación del tragaluz. Salvo la palidez de las uñas en las manos, que parecían pertenecer a otro cuerpo.

Me ganó su silencio. Cubrí nuevamente mis pechos, sin entender, y me dejé llevar por nuestro embotamiento. Sucedió un momento sin tiempo, que no podría recordar más tarde porque no hubo nada de lo cual asirse.

Me incorporé luego, y lo besé en la comisura de los labios.

Sólo retuve aquel sabor acre que me traspasó.

Esa noche para congraciarme con Lázaro dejé que me ocupara. Cerré los ojos, aferrándome a las sábanas, y le puse barro en la cara a ese sol que me traspasaba de parte a parte, le inventé otros labios y otro aliento. El calor de Lázaro era rudo y breve. Buscaba mi inmovilidad. Quería verme llorar entre las tapas porque sabía que yo lo hacía

a sus espaldas, en el patio. Perseguía lo mismo con sus bromas, guardar la risa y las lágrimas que me arrancaba, a falta de quererlo.

Pero lo peor viene siempre después. Lo más violento fueron mis sueños, me levanté una y otra vez al baño, con temor a que él sospechara que yo andaba poseída.

Primero vi la figura de Elías, tan grande que los pisos del Redentor se le hacían estrechos, como si hubiese logrado salir de allí sólo por intensidad, trascender la perspectiva del edificio, su porte, su orden.

Yo lo observaba desde el Cuarto, con una bandeja en la mano. Su figura se me hacía una cruz. El cuerpo elevado tenía por barra horizontal la boca. Mi inquietud era comprender si el cuerpo era abierto o clausurado por la palabra, por la comida, por el beso.

Luego sucumbía yo a un derrumbe interior. Estaba hecha de tierra, era una mina cuyas galerías se hallaban expuestas a un peso inclemente y percibía un hilillo de arena fina que se deslizaba por los muros de contención, como algo que se escurre entre los dedos sin posibilidad de retenerlo. Y decía, el texto decía un título: *desquicio de la catedral*.

Como para contradecir lo exiguo de todo, dormí una siesta ese domingo, que fue caluroso. La gente y los ruidos

de la casa flotaban sin peso sobre mi almohadón. Era día de guardar, en la 4 Norte los hombres se juntaban con los hombres, y las mujeres, ensimismadas, se dedicaban a sus pasatiempos de feriado.

Enroscada sobre la cama, me había envuelto un ensueño. Convertido en corcel, temido y ajeno, Elías me ensillaba. Yo tenía un cinturón de fuego, que iba devorando la frente y todo el pasado de nombres. En mi ignorancia no lo conocía ni lo renegaba.

El paisaje de pronto se volvía ceniza, había vacilado en una dispersión que sólo a nosotros dejaba salvos.

Ahora que es tarde sé que yo, Laura, hube de atravesar un duelo.

¿Duelo?

Se midieron los pasos a partir de un centro equidistante e invisible. Los contrincantes se dieron la espalda, estableciendo un espacio de separación desde el cual herir, volteándose, cara a cara. La perspectiva, la visión, juega a favor o en contra. Si de mi ojeada depende la precisión del tiro, quedo oscilando entre la arboleda que hace de suelo a un cielo exorbitado y el cuerpo que, en su límite de amor, me hace frente. Quedo prendida al desnivel del césped como precaria alfombra a nuestra estancia, confundo la plenitud de la imagen con mi propia vacuidad, extravió fondo y forma,

arraso con el telón. La detonación masacra el canto extraído del bosque oscuro.

Ignoro si él ha muerto. Si acaso sólo murió de mí o yo de él. O tal vez al darnos la espalda disparara yo en sentido equivocado, o él nunca levantara el arma, o caminara yo sin rumbo, negándome a exponer el torso, desertando la estrecha pista que nos era solidaria.

Puede ser a él a quien perdí, o él y todo arraigo.

No él, el él para mí. Mi yo en él, mi hiel.

El azúcar

Estaba en mí, aprovechando el compás afelpado que adquiere el servicio cuando nos encontramos de guardia. Todo se vuelve entonces más lento e insonoro, como si nos envolviera el algodón, su modorra deshilachada. Circulamos todos con una suerte de connivencia de ser rondines de la salud, sujetos de una misión sin estridencia: velar por los pasajeros de este buque, rescatados del naufragio de sus vidas.

–Apolonia, estábamos hablando de sus sueños.

–Los sueños me tiran hacia atrás, siempre. Me hacen caer. Mientras que los viajes me están esperando. Tengo muchos lugares marcados en un mapa. Subrayo nombres de sitios, de regiones, de ciudades que deseo conocer cuando leo un libro, después que Lázaro se ha quedado dormido, cuando ojeo los diarios, cuando veo programas en la televisión. Si un personaje me gusta, quiero saber de su lugar. Me bailan los nombres, me quedo vacilando, camino por ellos, en su misterio. Tengo paisajes enteros en los ojos, que quiero tocar. ¿Usted es muy viajado?

–No, Apolonia. He vivido toda mi vida en esta mezquina ciudad. Mudándome muchas veces, sí. La conozco por varios costados, no es una sola, depende de la perspectiva... –se interrumpió–. Pero yo le estaba preguntando por sus sueños, por mí, en fin –hizo un gesto de impotencia con la mano–. Quería saber en qué está usted conmigo...

–Son los sueños que yo no quiero ver, que trato de olvidar durante el día. Se pegan a lo que hago y digo, me molestan la vista, me confunden. Vuelven a la carga la noche siguiente. Cuando se agotan ellos soy yo quien se encuentra rendida.

–¿Qué sueños pueden causarle tal estrago? –preguntó con piedad.

Como la hebra ya estaba entre mis dedos, tiré compulsivamente de ella, giró mi lengua como carrete:

–Después del nacimiento de mi hija me habitó esta imagen de las guaguas, las niñas, queriendo comer la forma de un dulce que era cuerpo, cuerpo y cadáver a la vez, tentador. Horrorizados, los adultos se concertaban. Véamos cómo dárselo, si acaso dárselo, este regalo precioso, precoz. Un concilio de conocimientos y opiniones levantaba una polvareda de voces en discordia, por sentimientos y razones. Dictaminaban las hermanas, todas mujeres, que aquel caramelo carnal, con cuerpo tierno y finito, debía provenir de las casas esas en la ciudad que absorben la luz. Como los palafitos en Chiloé, que son permeables: el agua se encuentra por debajo, y por encima la luz. Yo insistía en decir que todos, todos los cuerpos-caramelo eran porosos a su manera. Y sostenía la joya aquella en la mano, para dársela a mi hija. La joya era una figura humana en masa dulce, que imitaba un cuerpo duro y blando a la vez. No es que fuera maleable, sino que por sus orificios la lumbre podía translucir.

Cuando hube acabado este relato no quise mirarlo.

Bebimos el aperitivo en una suite del tercer piso. Luego bajamos a la mesa que Luciano había reservado al borde de la piscina. Las sillas y los manteles blancos parecían

fosforecer con la noche que iba cayendo, en correspondencia con la virgen que emergía por encima del cerro, pálida e incandescente.

Luciano oscilaba entre un poder impávido y la impotencia frente al agravio que, sospechaba yo, le atribuía a mis ademanes. Vi lentamente dibujarse en la sonrisa que me dirigía el asomo de crueldad que siempre quise confirmar. Se situaba en aquellos dientes que nunca exhibía, en los caninos sobresalientes cuya protuberancia presionaba a los de adelante en un orden apretado.

Olvidó hacerme pasar antes que él a la salida del restorán. Lo seguí en sus pasos seguros, el torso algo largo en relación con las piernas, adivinable a pesar del buen corte del terno. Nos saludaron los diablos rojos en la entrada cuando bajamos a juntarnos con el vehículo de Luciano.

En cuanto estuvimos dentro él, una vez que yo hube cerrado mi puerta, tomé conciencia de la tensión que nos unía.

–Su delincuente le está subiendo los humos a la cabeza –comentó poniendo el pie en el acelerador.

Comenzamos a deslizarnos por Bellavista hacia abajo. Luciano pasaba los cambios bruscamente. Miraba los edificios nublados al otro costado del río, los vehículos subiendo en sentido inverso por la Costanera, cuando

sentí el manjar empalagoso de la última torta helada que me subía a la garganta y, sin reparos, devolví lo que tenía en el estómago sobre el terno de Luciano.

Junté toda mi fuerza, me enderecé –él empezaba a amenazar, entre garabatos, con que yo tendría que lavar todo, porque así él no podía volver a su casa, indicándome el «Oasis» para que fuera a por agua– y adelantándome a un gesto suyo le di una cachetada, con la misma energía de cuando pequeña, abrí mi puerta zafando el cuerpo con prontitud y cerrándola con violencia le grité:

–¡No me gustan tus comidas! –saboreando este tuteo repentino.

Antes que él reaccionara, corrí hacia un bus que se acercaba a tranco lento –la noche estaba ya bien avanzada– y le hice una señal con la mano para detenerlo. Reconocí dichosa a la Tropezón, y me subí, sin dar vuelta la cabeza.

Parecía que mi barrio me hubiese ido a recoger allí, en territorio adverso. No sabía que la línea viniese de tan arriba.

Adentro era el mejor de los boliches, un hotel ambulante. Corríamos por las avenidas y las calles desiertas con el calor de las luces internas, como carromato en viaje por la ciudad. Los boleros del transistor del chofer, las cortinillas con flecos, la brisa que entraba

por la ventana trizada inflando la cortina como vela, las lucecillas malvas y verdes que acompañaban por encima del tablero los frenos de la máquina terminaron de acunarme.

Me recosté contra el vidrio y dejé que resbalaran unas lágrimas contra el paisaje. Al cruzar la Estación Mapocho pensé que yo era una hija pródiga. Aunque nadie lo supiera. A pesar de nunca haber viajado.

Me pareció entrar en el Casino con aire despavorido.

Armé, en pocos instantes, mi compostura hecha pedazos. Para no resultarles ajena, imbuida de una facha que no era de ahí y podía parecer amenaza.

Por más que apurara el tranco, siempre me sumaba de las últimas. Con aquel atraso me perdía los preparativos de las mesas, el orden que se daban las huestes ese día para la colación, incluidos los preliminares verbales que harían de oculta jurisprudencia.

Me incorporé a esa jauría en silencio, ley que debe respetar todo extraño para facilitar su admisión. Sorbí discretamente el consomé servido en mi plato.

Observé de reojo a Zulema, a mi costado, con ese temor que se había apoderado de mí desde aquella visión fugaz en la galería. Esperaba quizás rescatarla, rehabilitarme yo misma en el cariño que le profesaba. Pero persistía el estrago de la desfiguración. No pude dejar de ver en su manera pausada y armónica de abrir la boca, en cómo adelantaba la lengua con parsimonia, a alguien que recibe la comunión, el sagrado sacramento, una y otra vez. Su ademán disimulaba un tal anhelo, su cuerpo se encontraba tan atento a aquella ceremonia, tan ausente de nuestra mesa, que le pegué un codazo. Leve, pero agudo.

Se sobresaltó, para luego contenerse, exagerando la dulzura en la voz y limpiándose los dedos en la servilleta de papel.

Cada porción

Me persiguió el eco de aquella afirmación: *Nada. Nada. Nada. Nada.*

Por los corredores del Redentor chorreaba esa palabra. Las supuraciones grasosas del ascensor, el hálito transparente que recorría los dormitorios como chiflón, la acidez que rezumaban los paños y muebles, todo la pronunciaba, sin cesar.

Era nuestro campo de batalla, abajo.

Lo que me impedía agregarle maicena a la comida.

Aquello que yo iba dejando detrás mío, afuera, al ingresar en la pista circular de la entrada del hospital.

Los puntos en mi herida, la cicatriz rezaba esta oración: nada. Nada me retenía, nada me empujaba. Entre una y otra torre del Redentor flotaba su rumor, sobre el techo de las casas, en el choque metálico de los instrumentos quirúrgicos sobre el mesón. En el éter, en el vapor de los cocimientos, en el cloro de los baños, en el agua de colonia de los escotes, en la cera del hall principal, yacía solapada esa palabra. Era aquello que nos subía al cuello, que nos arrebatava el habla, que nos hacía callar y comer.

Dios es caca.

Me estoy volviendo loca entre estas cuatro paredes: Dios es caca.

Como cuando pequeña, el cruel insomnio de la infancia, que no tiene barandas para impedir la caída. Mi cuerpo, que no era cuerpo entonces porque era yo, yo entera abatida por esa frase que se alojaba en mi cabeza y anochecía ahí, acampando hasta sudar entera por mí.

Yo quería irme, viajar.

Caminar por el rompeolas de Cartagena, con el mar bravo asomando entre las rocas que se abrazaron para robarle un paseo nocturno a la espuma. Extraviarme por su pueblo marítimo en miniatura, entre los santos incrustados en altares de concha molida, los paisajes de algas, los santuarios de la virgen sobre zócalos de marisco. Dejarme asperjar por el rocío salado que golpea los rostros y el frontis de los boliches de fritura y los juegos de azar.

Deseaba adivinar el Pacífico entre las letras blancas del menú pincelado sobre las vitrinas, en el calor de los completos y las cervezas de los parroquianos congregados al atardecer, mirando en sus vasos la incrustación sin marco de sus propias vidas. Confundidos con la historia que intenta olvidar en su pancarta la Fuente de Soda «No llueve, pero gotea».

—Tuve un sueño tan extraño anoche, Zulema —le dije cuando íbamos a mitad de camino hasta la reja—. Me encontraba en un lugar marítimo, por el olor a yodo, a origen. Y desde allí observaba un hospital oceánico.

Veía las camillas ahiladas contra las olas. El mar era de un azul intenso y las olas estaban picadas. Su espuma se dibujaba entre los cuerpos que yacían en alta mar, alrededor de los cuales trabajaban alegres enfermeras. Ellas parecían cumplir un ritual. Estaban en el lecho de un río,

o distribuían pinturas, y no remedios, a estos cuerpos que se dirigían a alguna isla para dibujar sus tatuajes. No se sabía si cantaban en silencio porque el alumbramiento se encontraba a punto de ser desencadenado. Si lo que hacían era más bien llorar quedamente a través de aquella suave sonrisa. O si permanecían con los ojos abiertos porque ellas ya se encontraban en otro lado, en un paisaje que las hacía balbucear salmos, canciones de regocijo.

No quería matar, no sabía lo que era: matar. Mas lo había hecho. Algún deseo, cuya forma olvido, me hacía cometer aquel acto que los custodias nombraban por crimen al escoltarme en el vehículo oficial. En la banqueta trasera aprendía de pronto esta ley, la recordaba. No podía reconocerla, sin embargo. Sólo su designación me era familiar. Salivaba al deletrearla en la repentina velocidad de la comprensión, se abultaban los guardaespaldas a cada costado de mi cuerpo, el automóvil se cerraba sobre mí.

Desperté viva.

—Aquí están los huevos para batir, Apolonia.

La señora Lea me mostró los cuatro pisos de cartón corrugado, con las hileras de huevos color carne, cada uno en su nido industrial.

Pensé en el orden similar que debían respetar las gallinas de criadero, dispuestas una por una en su box, bajo la luz artificial, una mano urgiéndolas a poner.

Pero en la manipulación de alimentos –porque eso fue lo que debimos ser, manipuladoras de alimentos– era una de mis tareas favoritas: multiplicar la clara en nube, en nieve, en espuma. Transformar ese unguento en sustancia vaporosa e inasible. Hacer primero las partes, golpeando la cáscara contra el bolo de loza, feliz violencia permitida, separando momentáneamente la clara de la yema, el bien del mal, el envoltorio de la esencia, el color de la nada. Recomponer después, ya trastocado, el huevo en mi mezclanza.

Nada. Nube. *Núbil*, en edad de casarse, como yo. Nupcias. Novio. Nido. Nadie. Nudo. *Desnudo*. Desdémona. Demonio. Dame. Dama. Juego de Damas. Don. Don Nadie. Dionisio. D.I.N.A. Daño. Dado. *Juego* de dados...

La clara batida alcanzaba ya el borde del bolo, yo estaba colocando en la superficie un huevo entero, para comprobar que podía sostener su peso y que se encontraba en su punto.

Jugo. *Jugo* de damas...

Con la nada girando en el estómago nos juntamos una vez más Elías y yo en la covacha.

Yo estaba odiosa, deshecha. No pude hablar. Hubiera dicho una escombrera de ruidos, palabras que brotaban de mi cicatriz. Hubiera tropezado conmigo misma.

Ahí estaba él, una mancha sombría y vibrante, un cuerpo sin lugar. ¿Era yo acaso su ancla?, ¿su nido?, ¿su nulo vuelto algo, su ninguno hecho alguien?

Es vertiginoso besar y morder y copular con la nada. Es una corriente oceánica que hace bien, y hace daño, y asombra, desde los pies hacia arriba, en todas las veteaduras que fueron mal tapiadas.

Mala leche

El ascensor se había detenido para siempre en los subterráneos, me habían dejado allí, quitada de altura. *Niña de mano* obedeciendo las órdenes, aderezando, friendo, cuchareteando, espumando, desgranando, hirviendo, pasando por agua, rellenando y empanando.

Luciano me había cortado los víveres, retirado el viático, arrojado hacia abajo.

Él sólo tragaba triste los lujosos manjares a los que me convidaba, se había restado a ellos su poder. ¿Deseaba

que yo le sirviera en bandeja otra sustancia? Aquella que había pedido era imposible, llevaba vianda mía. La impotencia tiene extraño apetito, un hambre corta de genio. Comía con silenciosas bocanadas, engañándose, no tomaba ya la ley. Mascaba, incansablemente mascullaba, maldecía rumiando, rellenando su fracaso, su porfía. Yo había racionado su cetro antes que él me destituyera.

Todo trono tiene fin.

Me encontraba en el umbral trasero del Redentor, aquel de los intercambios orgánicos, con su aduana de servicio. Una reina recompone su imperio en cualquier sitio: negocié y trafiqué con aquellos de la materia prima que traían sus reses y sus razones hasta allí, sus abarrotes y absurdos, sus legumbres, sus lenguas.

Yo, yo he sido pura pérdida, vida dura sobre esqueleto duro. Hube de pararme rápido, juntarme entera para avanzar al encuentro de cada día, fuera cual fuera su crudeza.

Pero blandos son mis movimientos, gastados en el esfuerzo de hacerle espacio a la desdicha. Porque instalada en ella hay un rincón de luz. Un paisaje inconcebible desde la dureza de afuera.

Llevar las entrañas como coraza, transmutar el corazón en piel. Viajar vuelta una cáscara de nuez, diminuto arreglo de movilidad. Vivir entera y despedazada, tibia a pesar de los repetidos cocimientos. Calzar con su máscara, con los huecos y las huellas de la carne que nos lleva, con la velocidad de la sangre y su impulso hacia otros tegumentos en los cuales continúa siendo piel.

Ay, debía dejar el Redentor, aquel despoeste.

Quería irme, viajar.

Quería dormir con tierra en los sueños y las uñas, dormir en la ranura de calor que escapa de los gruesos postigos y dejarme sombreado por el verde oscuro de los paltos, por las ramas lechosas de la higuera y el tronco añoso del nogal.

Coger las frutas cuando apura el hambre el reloj de saliva, mascar colores en la lengua.

Coger la vista cuando el desmayo en la canícula promete siembras y las aguas son echadas a correr por los riachuelos y canaletas hinchados que arrastran el día hacia otro lugar.

Contigo

A través de Zulema recibí el recado, Elías me buscaba.

Hay paredes que amenazan caernos encima, como si fuesen a presionar el ciclo hasta su desvanecimiento. Otras son altas y muelles, parecen no deslindar de los troncos vecinos la verdosa membrana de musgo que los cubre, siendo alcanzadas por la filtración de líquidos y humores, por el desplazamiento de las sombras amoratadas que funde la nervadura de las hojas y el grano del ladrillo.

Me incorporé del suelo retirando suavemente el brazo de Elías posado sobre la mancha oscura de mi sexo. Había verde por doquier, en las pieles y las ropas hechas nudo en torno nuestro. Oliváceo era su miembro, aceitunada su boca, la palma de mis manos verdinegro, como habiendo machacado una planta de ocultas propiedades. La chaleca bajo los cuerpos parecía una balsa sobre aguas pantanosas. Sentí naufragio y repentina nostalgia. Nuestras salivas sólo habían logrado separarnos del frío, la catástrofe permanecía allí, intacta: no reposaba, no había dormido. Entre las piernas una gélida cuchilla le robaba la humedad al anochecer, soldándolo a mis ojos.

–Elías, yo voy a dejar este hospital –le manifesté lentamente–
y luego voy a viajar, no sé hacia dónde.

No pude observar su expresión en aquel momento, no quise hacerlo, pues había surgido a un costado del patio, prácticamente tapiada por los arbustos, una pequeña puerta metálica de dimensiones inferiores a un cuerpo humano, y esta súbita aparición confirmaba mi impulso.

¿Por qué viajar?, decía su cuello lacio, decían mis hombros empinados. Decía el silencio hecho partícula.

Por ser quitada de utilidad, contestaba el silencio. Desprendida de prenda, de andar a la carrera de posta en posta donde ser esperada.

Viajo hacia el lujo, la falta de constancia, la reprobación de carecer de atadero, de corretaje, de repetición. Dejo el mapa, la pista de objetos, el zigzag de mi vaivén construyendo plazas de aquello que las rodea, puentes entre ribera y ribera, senderos subterráneos que oxigenan la fortificación.

Me pesaron los pies en recuerdo al día siguiente, llevaba ponderosa la cintura, habitada en él, en nos. Por un instante quebradiza, dos compuesta, de muñecas sueltas y poco arraigo. Me hendía la mañana, la gana. No ataba palabra con otra, se caían los ingredientes de mis brazos de fósforo, la nuca dislocada en pensamientos. No cuajó

la mayonesa, la salsa no engrosó. Ni que Luis hubiese echado un escupitajo, pero era yo, cortada en vinagre, desandando mi fiebre de cuerpo mientras hacía.

Una vez más me retenía aquella exuberancia de la mercadería al por mayor. Paseaba la vista sobre el apiñamiento de tarros sellados, los quintales de harina rebalsando sus henchidos trajes, las cajas de fruta, los flácidos abarrotos, los condimentos ahilados. Junté la puerta y apreté suavemente el interruptor para permanecer un momento a oscuras, sumida en los víveres. Aquel silencio lleno de formas hacía posible que yo saliera nuevamente a emprender mis tareas, porque era todo lo inverso de mi infancia, despoblada y ruidosa, como la cocina en el Redentor.

Estiraba el tronco hacia atrás para recostar la cabeza sobre un saco de choclos cuando escuché las voces.

No supe quién había comenzado, pero la señora. Lea hablaba con pasión:

—... la revoltura, la soltura. Eso es, una *suelta*. Que mezcla el agua con el aceite, sin hacerse problemas.

Comencé a roer mis dedos. No quería que Zulema dijera cosas de mí. No del hospital, porque ahí todos vivíamos

bajo tejado de vidrio, y en mi caso ya estaba roto, por ahí mismo me había despeñado. No, temía que le contara de Lázaro, de mi casa, de los libros que yo recortaba. Que hablara de mi hija y dijera que era mi madre quien la criaba. Mordí fuertemente el borde de una uña.

—Sí —comentó Zulema—. Le encantan las cosas raras, yo nunca he podido entenderla. Y ese afán de escarbar en todo, casi lo encuentro cochino.

Fue como darle cuerda a la señora Lea. Sentí dolor en la uña en la cual me estaba ensañando, sentí que comía mis defensas.

—¡Por eso que finalmente está a gusto en la cocina! Mi intuición fue buena, a pesar de que el doctor Luciano estuviera en desacuerdo: él me pedía que la despidiera. Decía que era *pegajosa*, algo así. Que había que sacarla del lado de los enfermos. Que se perdía y se confundía con todos, no sabía de distancias. Aquí, yo creo que está en su lugar —volvió a carraspear—. ¿Qué sabe usted de ese enfermo con quien ella entabló esa relación tan extraña?

—¿Enfermo? —dijo Zulema—. Más bien se hace, o lo hacen enfermo, encuentro yo... Hablaban muchas cosas, con la Apolonia.

—¿De qué? —la pregunta sonó a silbido, podía ver los labios delgados y rectos de la señora Lea.

—Se contaban sueños, con lujo de detalles... Y a él le gustaba preguntar —en aquel momento la voz de Zulema

empezó a alejarse, imaginé que habría recogido los vasos y los acercaba al lavaplatos. Oí el chorro brusco del agua, el calefont que se ponía en marcha, y también alcancé a escuchar el nombre de Lázaro.

Yo, Laura, he llegado al hueso de mis palabras.

Por ello he probado ahora comer, por pequeñas raciones, la tierra y el cemento que limo en las paredes. Dejo deslizarse lentamente por mi garganta este dulzor, un gusto que rasmilla el alma evocando algún jardín recién plantado, las fundaciones de una casa nueva.

No cavé un túnel por el cual huir. Sólo quise cucharear en los límites, probar su consistencia.

Paladear sus granos en la lengua, sintiéndome entera yo. Como tiza entre los dientes, como carboncillo, como arena.

Como el esmeril en la lengua de este hombre que me visita, Luciano dice llamarse. Lleno de atenciones que la rudeza de su boca desmiente. Con un desinterés que la urgencia de su mano, las preguntas acuciosas que me hace, pervierten: sé que busca algo. Siento pegajosa la larva en él, sigue una pista inquisidora, mas permanezco quie

La hoja estaba rajada por la mitad, interrumpiendo repentinamente la lectura de la letra fina y retorcida de

Laura. Parecía estrujar en cada signo una parte de su ser. Logré reconstituir la última frase a partir de esa voz que se me había ido haciendo familiar, de lectura en lectura del legajo de Elías, y arranqué la palabra final como quien rescata una prenda de las llamas: *quieta*.

Una oleada de lástima rebalsó en mí, un desconsuelo que hervía en el pulso brusco de mis gestos, un ahogo. Cerré la puerta tras mío y me senté en el peldaño, entumida por todos los pensamientos que me atravesaban. Coloqué la cabeza en mi propio regazo y abracé aquella disolución.

Asado

Fue Leticia quien prestó su casa para la celebración. No quedaba lejos del Redentor, tenía un patio de grandes dimensiones y sus suegros se encontraban en el Sur. Los hombres habían instalado la parrilla –un gigante tonel metálico cortado por la mitad– bajo el parrón, mientras las mujeres preparaban los acompañamientos en la cocina. Ya estaban dispuestas las mesas, ahiladas en una sola fila a la sombra de un grupo de paltos y una palmera. Todos reíamos del recorrido zigzagueante que debíamos realizar para traer los platos desde el lugar

retirado en que se encontraba la cocina, por detrás de la casa, hasta los puestos.

En el momento de servir los combinados –por lo visto Luis había cedido a la preferencia de Zulema; él que, días atrás, había propuesto hacerse cargo de un ponche–, Lutgarda anunció que me reservaban varias sorpresas. Yo estaba enredada con la vegetación y el trago, en una suerte de quieta euforia, contesté que yo también les guardaba otras.

No habíamos terminado el brindis cuando, conducidos por Lucía, aparecieron detrás de los árboles frutales la señora Lea y Luciano. Inmediatamente después, con su mejor aire de fiesta y desafío, Lázaro avanzaba por la maleza como al encuentro de alguna presa. Me alegré de haberlo invitado. Él no estaba hecho para situaciones comunes, su fuerte eran los días asuetos, las apuestas, el juego. Sentí de entrada que deseaba comérselos a todos con zapatos. Comencé la ruleta:

–Ya que llegaron todos –dije de manera atropellada– les cuento mi noticia: Lázaro y yo esperamos un hijo.

No vi la expresión de Luciano, pero sentí algo sombrío que sucedía en el costado en que él se encontraba. Al voltearme en su dirección noté la atención con la cual fijaba a Lázaro, descubriendo cuál, de los pocos

novios, convivientes y maridos que allí se encontraban, era el mío.

Nadie supo de las otras sorpresas. Ensartando los palitos en la pichanga nadie siquiera preguntó, anonadados como estábamos por nuestra propia contención, en el mareo del aperitivo y del espeso silencio que enhebraba el frenesí de las lenguas. Nos sentamos desordenadamente en las mesas siguiendo el ejemplo de Lázaro, que arrastraba a la señora Lea y a Luciano a presidir la celebración, instalándose inopinadamente entre ambos en el momento de concretar su elegante gesto.

Quería viajar.

Estar cordillera adentro, con el rastro del puma en la lengua y el aleteo inmóvil del águila contra la transparencia del cielo, en un aire incendiado y quieto.

Cada guijarro sería mi sangre que sube de la planta al cabello, y las piedras no estarían en mi voz ni en mi frente sino de almohada, de asiento, para bajar la sangre que golpea en los tímpanos y los nudos de las manos.

El Datsun estalló en lluvia de chatarra, hizo un ruido de grito en la tarde, dijeron los testigos, como palacio de espejos que se desploma. Los vecinos de la cuadra del siniestro tuvieron frío y agregaron una prenda, cruzaron sus chalecos, pusieron agua a hervir, antes de asomarse a la ventana. Del conductor, sólo retazos de una chaqueta de gamuza de color gris perla. La suavidad del cuero contrastaba con los recortes del metal en filudos y mortecinos dientes que se esparcían aquí y allá, tizereteando a su vez el anochecer del tranquilo barrio. No sabíamos de sangre, repetían sin cesar los testigos disculpándose, molestos de las salpicaduras en el suelo, no conocíamos el destrozo. Desde la terraza de los edificios todo se había vuelto mancha.

Zulema me dejó recado a través del llamado a un vecino: *Luciano hecho pedazos en un atentado, desaparece de tu casa.* No pude preguntar nada. Eché mis pedazos en una maleta y, petrificada, me dirigí hacia otro barrio. Sólo en aquel momento reparé en el cielo de incendio que cernía nuestras cabezas. Un sol ceniciento asomaba a través de la bruma sancochada y grisácea que, como mar de lava en suspensión, había bajado a altura de las bocas y quemaba imperceptiblemente los párpados. Sentí el pecho oprimido, como si el diafragma hubiese quedado atorado

en el nudo metálico de los restos del auto de Luciano y no pudiese yo escapar. Luego vino a mi mente el sueño infantil de la guerra, los campos arrasados por el fuego y las nubes vomitando humo rojinegro y dorado.

¿Había sido yo acaso la hechora? En la intensidad de esta pregunta escuché el recuerdo del estampido que se había propagado por la ciudad: una explosión seca, terriblemente limpia, que oscilaba aún en el corazón del tímpano, acurrucada de susto, marcando el compás.

Con aquel estallido se habían roto para mí definitivamente las palabras.

Pan comido

Abandoné el brillo de la urbe y me coloqué del lado de los surtidores: como si allende el collar vistoso se iniciara algo similar al subsuelo donde me había criado laborando, un sótano esparcido sin orden ni reglas que figuraba las manos afanosas para la boca de la ciudad. Reconocí los olores y el color. Las bodegas y los terrenos baldíos organizaban sus arterias. Algunos transeúntes eran minimizados al otro costado del muro que contenía el amontonamiento de barriles, los gigantescos estanques

de gas, el jardín seco del matadero, las barracas de fierro y madera.

Establecí allí, en casa de un lejano familiar, un refugio momentáneo. A la espera de noticias, de los restos de la explosión.

Mientras no supiera me sería imposible salir del dilema que coronaba mi frente, en sueño como en vigilia, *lo asesinaron, lo acecinaron, lo asesinaron, lo acecinaron*, en la cocina, en el baño, en mi dormitorio, en la galería, entre las sábanas, sobre la cama, desnuda, vestida, de noche, a mediodía: me columpiaba aquel vaivén, me enloquecía bajo todas las formas que posee el trastorno para arremeter. Dormía transpirada y atravesaba la luz del día seca y sin soplo. Observaba mi vientre y vigilaba el suelo. Permanecía prendida a la bolsa de agua que colgaba en el corredor para espantar las moscas, veía reflejada allí la miniatura del universo, inocua, mezquina y bizarra. Me veía atrapada en ella.

En estos juegos me hallaba cuando Zulema en persona se apareció en la puerta de la casa.

—Apolonia, vengo en misión. Olvídate de lo que fuimos, ahora es sin tregua, sin par: lo lograremos. La Organización

ha decidido contactarte, conectarte. Te acoge, te propone entrar en sus filas, darte techo y alero. Fue grande el éxito de la estampida, Obra nuestra y maestra, muestra de aquello que somos capaces. Pero tú lo cocinaste, se te agradece y desagravia.

Permanecí muda, vertiginosamente atraída por el espectáculo que me hacía postergar el miedo, el pavor que me paralizaba. Pero horror se escribe con H y no se encontraría en el léxico de esta Zulema que puntuaba su discurso por medio de la O, iniciado en Olvido. Yo me concentraba en el movimiento de los labios, a la espera de la próxima palabra clave en O, porque allí le era al fin posible respirar a Zulema, huir unos segundos del ahogo, tiritar por los ojos, tomar aliento y proseguir.

–Cumpló Órdenes de expresarte nuestra solidaridad y benevolencia. Sólo decir que las puertas están abiertas, para esta regia lucha, tu Oportunidad.

Me empecé a impacientar con esta María la O que me recitaba palabras ventrilocuadas, que alejaban del alfabeto y del amor, que distanciaban la conversación. Yo tenía temor en toda la carne.

–Mira, Zulema, no sé qué te ha sucedido con la O, tú antes nunca entendías mis vocablos raros y sales ahora con esta declamación pantomímica, de caja musical siniestra, sin tocar piso. Me atormentan otras noticias –bajé la cabeza y la voz, pero no pude hacer la pregunta

que quemaba mi lengua—, me inquieta lo que pudo suceder con las que asistieron al asado, en el subterráneo nuestro, ¿qué pasó?

Me miró como a una extraña a quien hubiese que traducir la situación.

—Apolonia, es sólo a ti que buscan desaforadamente. Han interrogado a todo el subsuelo en búsqueda de tu paradero, pero la Organización se mantiene intacta. No sospechan siquiera a quién debemos Obediencia, y tú tampoco: has sido ingrata con tu protectora, la señora Lea, que te recibió en la cocina cuando ibas para cesante, o peor. Es ella expresamente quien me manda, te sabe sola y desvalida, te ofrece pertenencia y protección. Luis se encargará del traslado y la vinculación posterior.

Si antes colgaba del espantamoscas, en aquellos días me absorbieron las baldosas del corredor. Observaba las manchas, estrujaba el sentido de los diseños geométricos, hacía sumas y restas con el número de cerámicas, contabilizando aquellas fragmentadas en el borde de la terraza y al pie de los pilares. A pesar mío buscaba pensarlo todo en O, y me venían a la mente sentimientos de orfandad, un odio obsesivo y obsceno, carente de dirección. Había perdido el oráculo, los días se sucedían oscuros unos a otros, y en aquel orco me debatía cual orate.

Luego comí.

Cedí a las ganas de tragar huevos revueltos con mantequilla y pan amasado. De saborear la pulpa de lúcuma en el dulce, sorda, borracheando el merengue. De sopear la sartén, en noche fresca, con grasa de tocino ahumado. De morder una áspera manzana, desgastándola antes del óxido. De lamer la miel de palma con la punta de la lengua. De sentir sobre los ojos el azafrán dorado, en las comisuras el acre comino y la albahaca en todos los poros, tamborileando la sangre de verano. De quemar unos panes de azúcar para derretirlos en el té, de sancochar el queso de cabra, los chicharrones. De oler el zapallo naranjoso y felpudo crepitando en la fritura de las sopaipillas. De mascar la mora bajo el sol. De refregar con ajo todo el cuerpo y untar el pan que reposa junto al vaso de cerveza, asistiendo al secreto que se desgaja en el aire. Beber de las brevas su manjar oscuro, de los nísperos su arisco licor.

Volvía de aquella excursión diaria cuando me encontré en el quiosco con el titular. Llevé el diario doblado bajo el brazo y atravesé el ancho estacionamiento del hipermercado comiendo un chocolate tamaño familiar, con mordiscos oblicuos a la barra. Una vez alcanzada la plazoleta lateral al establecimiento, me arrellané en un banco y extendí la

hoja del periódico. Era difícil concentrarse con el ruido de los vehículos cogiendo las variantes del cruce en la carretera vecina, pero la noticia era ponderosa.

Coronaban el texto una fotografía de Elías –de pie, contra una balaustrada que parecía dar al mar, abrazando a alguien que había sido recortado en la foto– y una mía, que reconocí como fragmento de aquella que mi madre había encuadrado y colgado en su pieza, en la cual me apoyo contra el brazo del padre de mi hija, Nelson, cerca de una palmera en la plaza del barrio. (Siempre me ofendí que mi madre conservara esta fotografía, como queriendo retenerme en aquella edad, en esa pose, con un hombre que habría de abandonarme). Quedábamos curiosamente careados de esta manera, Elías y yo, una vez suprimido el otro que hacía de par en la fotografía.

No indagué en la simetría entre los dos que había establecido ese corte en la diagramación de la página, pues el texto me cautivó con mayor violencia aún. Lo releí hasta dejar de creer en aquello que narraba, su fuerza de persuasión era enorme incluso para mí, protagonista que desconocía su libreto.

Decía: que la hechora era oriunda de Colliguay, lugar apartado donde los nativos carecen de regla en asuntos de pasión, ultimándose a palos si es necesario y amándose entre ciegos. Estrafalaria, ella se desempeñaba como manipuladora de alimentos en un hospital subsidiado,

establecimiento donde había sido enrolada en la causa que presidía un antisocial bajo el apelativo de Elías, alias sin identidad aún comprobada, el cual simulando enfermedad había sido admitido allí para cuidados estatales e intensivos. Bajo este alero y en dominios del doctor Luciano R. S., víctima en su mira, aprovechando las regalías del extenso horario de convivencia con el personal, el mentado había abogado por la cercanía con esta alimentadora de fáciles costumbres –testimonios diversos en el mismo servicio acreditan deslices y tormentosas relaciones amorosas de la desasosegada trabajadora, así lo apunta su jefa directa la dietista Lea M. T., como otro tanto le atribuye un colega de la cocinería, Luis A. C., manifestando su vana inclinación a ser seducida. Procediendo entonces el paciente, bajo régimen de total fuero y libre albedrío dado su estado de supuesta gravedad, en solicitar atenciones especiales de la libertina para la rehabilitación de su persona, que resultaran ser de carne y particular revoltijo, ocasiones que aprovechó para solicitar su precipitación en los acontecimientos preconizados.

Se concluía sobre la facultad inapelable de los jefes y jerarcas de obras mayores, como este sanatorio y otras empresas de beneficencia, en inhibir el ingreso de personas, tanto indigentes como curanderos, enfermos como enfermeros,

que tuviesen currículum turbio, biografías inexactas, exceso de mezcla y transmutación en la sangre, así como proveniencias alejadas que inhabilitaran la indagación de las raíces y matrices respectivas, el parentesco titular, los legados oscuros e intransferibles que la distancia invisibiliza.

Saca tu pañuelo de bajo la almohada, Apolonia, y junta las máscaras, que nos vamos de viaje, me dije.

No serás sólo una.

La bandeja

Ubiqué fácilmente mi asiento: me pareció reconocer el cubículo, la perspectiva que organizaba, su inclinación particular frente a los paisajes que vendrían. Dueña del lugar, me senté acomodando mis pertenencias en derredor y extendí la falda lo más lejos que pude en sus plisadas. Pasé los dedos por los labios. Froté el vaho en la ventana, me limpié el extremo de la mano en un pañuelo de papel con el cual luego me soné, incliné la cabeza hacia atrás para descansar la voluntad y oler el mundo.

Hendí la otra mano en el bolso y extraje los papiros, papeletas, pergaminos y otros envoltorios de vida, pieles

que la contienen cuando anda suelta y ancha para nuestros breves navíos. Saqué los legajos, pliegos que me arrimaban en los momentos de fractura: había arrancado unas páginas de libros para la travesía. (Nunca me importó mucho lo de antes y después: ¿no se encuentran acaso en el rutilante acontecer del presente de una página?). Conservaba este hábito desde pequeña, en que nos hacíamos préstamos con mi hermana de las partes de un libro para comentarlo mejor. Saqué pues las hojas, las dispuse en cucurucho dentro de la red que pendía del asiento delantero e inicié su lectura descifrándola como una correspondencia que me fuera destinada.

Calvino era mi primera carta, la ruleta se había detenido en la página ochenta y ocho:

En Ersilia, para establecer las relaciones que rigen la vida de la ciudad, los habitantes tienden hilos entre los ángulos de las casas, blancos o negros o grises o blanquinegros según indiquen relaciones de parentesco, intercambio, autoridad, representación. Cuando los hilos son tantos que ya no se puede pasar entremedio, los habitantes se van: se desmontan las casas; quedan sólo los hilos y los sostenes de los hilos.

Desde la cuesta de un monte, acampados con sus trastos, los prófugos de Ersilia miran la maraña de los hilos tendidos y los palos que se levantan en la llanura. Y aquello es todavía la ciudad de Ersilia, y ellos no son nada.

Vuelven a edificar Ersilia en otra parte. Tejen con los hilos una figura similar que quisieran más complicada y al mismo tiempo más regular que la otra. Después la abandonan y se trasladan aún más lejos con las casas.

Viajando así por el territorio de Ersilia encuentras las ruinas de las ciudades abandonadas, sin los muros que no duran, sin los huesos de los muertos que el viento hace rodar: telarañas de relaciones intrincadas que buscan una forma.

Volví a verme envuelta en el decaimiento, y soltando la cabeza y las riendas se me presentó un segundo sueño mientras dormía.

En la fuente estaban alastrados y servidos, todos.

Estuve cuchareando en las ollas y revolví los ingredientes como quien prepara un juego de azar.

Hice experiencia de pigmentar, de disfrutar con colores, cada una de las partes. Provoqué las tintas que guarecían los elementos, su fulgor estallando al contacto con la luz, el oxígeno y el otro. Los disfruté con el sol crepuscular del azafrán, con una rajadura de verde pimienta, su ojo forestal, esmeraldino, cerrado y velando por aquello que

adornaba. Con el marrón ceniciento de las callampas, el collar roto de negras aceitunas, el cárdeno de boca besada en los medallones de betarraga, el albor de calostro de la salsa blanca, del quesillo, la rubia sonrisa de la piña, el rubor de las guindas, el carbón de las tostadas.

La mayor iridiscencia venía con el trasvasije y la mezcla. La fiesta se iniciaba allí. De borrachera eran las tinturas y el jaspeo, de sucia y feliz promiscuidad.

El carnaval era el Persa de las máscaras. Juntaba a unos, los revolcaba, mientras reservaba para otros la monosílaba y el soliloquio: los dejaba secos, sin contagio.

La máscara era la apuesta más cara de cada uno.

Entreabrí los ojos. Con los signos agolpados en la nuca, a través de una luz oblicua que comenzaba a puntear la bruma, apareció frente a mí El Paisaje.